



Universidad de Valladolid

Facultad de Filosofía y Letras

Grado en Historia

**ESTUDIO DE LAS DIFERENCIAS SOCIALES EN LAS
COMUNIDADES NEOLÍTICAS DE LA SUBMESETA
NORTE ESPAÑOLA A TRAVÉS DEL REGISTRO
FUNERARIO**

Silvia Bregón Bernabé

Tutora: Elisa Guerra Doce

Curso: 2015-2016

RESUMEN

Con frecuencia durante las etapas prehistóricas los contextos funerarios son el principal, y, en ocasiones, único medio que permite el estudio de las sociedades del momento. Siguiendo los postulados de la Arqueología de la Muerte, este trabajo busca estudiar las desigualdades sociales de las comunidades neolíticas, centrándose en el marco territorial de la Submeseta Norte española. El método empleado para tal fin ha sido el análisis de los contextos funerarios, que muestran indicios claros de jerarquización social a través de los restos humanos, de los ajuares o de la propia distribución en los enterramientos, entre otros factores.

PALABRAS CLAVE

Neolítico, megalitismo, Submeseta Norte española, diferencias sociales, contextos funerarios, ajuar.

ABSTRACT

Funerary contexts are usually the most important, or even the only way that allows the study of prehistoric societies. Following the principles on which is based the Archaeology of Death, the aim of this paper is to study the social differences in neolithic communities. The area chosen for this study is the Spanish Northern Subplateau, and the method used for this purpose is the analysis of funerary contexts, grave goods and burial's disposition.

KEY WORDS

Neolithic, megalitism, Spanish Northern Subplateau, social differences, funerary contexts, grave goods.

ÍNDICE

1. INTRODUCCIÓN	4
2. MARCO TEÓRICO: LA ARQUEOLOGÍA DE LA MUERTE	6
3. EL REGISTRO FUNERARIO DE LA SUBMESETA NORTE DURANTE EL NEOLÍTICO.....	11
3.1. Prácticas funerarias en la Submeseta Norte durante el Neolítico Antiguo.....	11
3.1.1. Burgos: Alto de Rodilla	11
3.1.2. Burgos: Fuente Celada.....	12
3.1.3. Burgos: El Hoyo	13
3.1.4. Burgos: Molino de Arriba.....	14
3.1.5. Soria: La Lámpara.....	14
3.2. Prácticas funerarias en la Submeseta Norte durante el Neolítico Medio y Final	16
3.2.1. Caracterización del Megalitismo normeseteño	16
3.2.2. Tumbas con datos antropológicos.....	20
3.2.2.1. Ávila: El Prado de las Cruces.....	21
3.2.2.2. Burgos: Alto de Reinoso	22
3.2.2.3. Burgos: las tumbas de La Lora.....	23
3.2.2.4. Palencia: La Velilla	25
3.2.2.5. Soria: La Peña de la Abuela	26
3.2.2.6. Soria: La Tarayuela	27
3.2.2.7. Soria: El Túmulo de la Sima	29
3.2.2.8. Valladolid: El Miradero	30
3.2.2.9. Valladolid: Los Zumacales.....	31
4. CONCLUSIONES	34
BIBLIOGRAFÍA.....	39
ANEXO.....	43

1. INTRODUCCIÓN

En los estudios de Prehistoria europea ha prevalecido durante mucho tiempo la idea de que las gentes de la Edad de Piedra no mostraron indicios de desigualdades sociales en su seno. Aún reconociéndose la existencia de diferencias entre los individuos, los grupos paleolíticos y neolíticos requerían de la cooperación de todos sus miembros para asegurar su propia supervivencia. El proceso de neolitización o, lo que es lo mismo, la adopción de la economía de producción con el progresivo desarrollo de la agricultura y la ganadería, no habría modificado este panorama. De hecho, esta cohesión del grupo en vida se habría trasladado también al Más Allá, como las imponentes tumbas colectivas que caracterizan el registro funerario del Neolítico parecían sugerir. Según estos planteamientos derivados del pensamiento marxista, que llevaron a que arraigara con fuerza la idea del comunismo primitivo y del igualitarismo social, el surgimiento de la estratificación social habría tenido lugar ya en la Edad de los Metales cuando se consolidó el modelo agrícola, lo que habría posibilitado la obtención de excedentes, la división del trabajo y la acumulación de bienes.

Sin embargo, en los últimos años se está demostrando que el germen de las desigualdades sociales surgió en paralelo a la adopción de la economía agrícola y que ya entre los primeros campesinos de Europa, allá por el VI milenio AC, el acceso a la tierra y los medios de producción no fue igualitario. El estudio de los restos esqueléticos y de las piezas de ajuar depositadas junto a ellos en las tumbas de aquellas gentes ha resultado muy ilustrativo en este sentido. El trabajo de Bentley et al. (2012)¹ sobre más de trescientos restos esqueléticos de poblaciones neolíticas centroeuropeas ha mostrado una mayor movilidad entre las mujeres mientras que los varones adultos suelen estar ligados a la tierra. Además aquellos cuyo origen se encuentra en las fértiles llanuras centroeuropeas apenas muestran indicios de movilidad y sus ajuares son los que atesoran las herramientas agrícolas (hachas y azuelas), mientras que las tumbas de otros varones del grupo, originarios de otras regiones, carecen de este tipo de piezas.

El *objetivo* del presente Trabajo de Fin de Grado (TFG a partir de ahora) es analizar la organización social de las comunidades neolíticas de la Submeseta Norte española con la intención de vislumbrar la existencia de indicadores de diferenciación social.

¹A lo largo de este trabajo, las citas y referencias bibliográficas seguirán las normas de estilo de la revista *Antiquity*.

Teniendo en cuenta que el registro arqueológico para el Neolítico normeseteño es muy desigual y que el grueso de la documentación para ciertos momentos procede en gran medida de contextos funerarios, estos se han convertido en nuestra principal *fente de información*. De este modo, siguiendo los *planteamientos metodológicos* de la denominada Arqueología de la Muerte, hemos procedido a estudiar las tumbas del Neolítico Antiguo, momento en el que el registro estaba copado por inhumaciones individuales en fosa, para seguidamente analizar una selección de espacios sepulcrales del Neolítico Medio y Final, etapas en las que las tumbas son colectivas y de uso diacrónico. Hemos tratado de vislumbrar aspectos sociales de aquellas gentes prestando atención a la información derivada de los estudios antropológicos realizados sobre los propios restos esqueléticos, de las piezas de ajuar que los acompañaban y de la organización de las tumbas que los acogían.

Todo ello nos ha permitido observar la evolución de las prácticas funerarias de las comunidades neolíticas de la Submeseta Norte y llevar a cabo una lectura social que presentamos como conclusiones a este TFG.

2. MARCO TEÓRICO: LA ARQUEOLOGÍA DE LA MUERTE

A la hora de estudiar las sociedades del pasado desde la Arqueología, existe una diferencia radical entre los contextos funerarios y los domésticos. Dicha diferencia estriba en la naturaleza de los vestigios que pueden hallarse en unos y en otros. Así, mientras que en los poblados los restos encontrados son el resultado de acciones no intencionadas, al ser generados por la propia dinámica de la vida de sus ocupantes, los contextos funerarios son el producto de actuaciones deliberadas que siguen un patrón social determinado. En términos generales, existen tres aspectos que se reflejan en el ritual funerario de la mayoría de las sociedades: edad, sexo y condición social de los fallecidos. Por esta razón, el estudio del mundo de los muertos permite aproximarse al mundo de los vivos y deducir cuestiones de carácter social. Además, al tratarse las tumbas por lo general de contextos cerrados, la conservación de los restos es mucho mejor que en los asentamientos por lo que aportan datos más fidedignos a la hora de resolver problemas de tipo cronológico o de identificación etnográfica y cultural (Fábregas et al. 1995: 15-17).

El análisis de los espacios sepulcrales ha ido evolucionando a medida que también lo ha ido haciendo la propia disciplina arqueológica, su metodología y sus principios teóricos. Hasta bien entrado el siglo XX, las prácticas funerarias eran consideradas como “modas” que variaban a lo largo del tiempo, siendo éste un planteamiento muy simplista propio de una arqueología evolucionista o histórico-cultural cuya premisa era que a medida que avanzaban las sociedades en un proceso lineal también lo hacía la complejidad técnica de las mismas. Sin embargo, cuando la arqueología adoptó el método estratigráfico se apreciaron incongruencias en este modelo evolucionista pues, muchas veces, la clasificación tipológica de los restos encontrados siguiendo criterios puramente tecnológicos no mostraba la línea de desarrollo que se había establecido, y que iba de lo simple a lo complejo. Es en este momento cuando aparece el concepto de “cultura arqueológica”, el cual es definido por Susana Abad (2006: 4) como el “conjunto de objetos materiales que aparece reiteradamente en un área geográfica concreta en un período determinado”. Así, el nuevo criterio para la clasificación de los objetos era su adscripción a una u otra cultura arqueológica.

A partir de los años 40 van surgiendo nuevas teorías. La arqueología norteamericana va a adoptar los principios del Funcionalismo, que considera que las culturas pueden equipararse a organismos o sistemas que se explican en relación con el todo. Formado en esta

corriente, en los años sesenta destaca la labor de Lewis Binford, que rompe con la historia cultural y propone una arqueología total y buscar las relaciones entre las culturas, esto es, la transculturalidad. A Binford se le considera uno de los fundadores de la Arqueología Procesual o Nueva Arqueología, la cual se caracteriza por el empleo del método hipotético-deductivo, y por la aproximación de la Arqueología a las Ciencias de la Naturaleza, a la par que se la intenta dotar de principios teóricos y metodológicos propios.

Esta Nueva Arqueología, por tanto, estableció diferentes campos de estudio, que contaban con una metodología propia, como la “Arqueología del Culto”, la “Arqueología de la Guerra”, o el caso que nos atañe, la “Arqueología de la Muerte” (Chapa 2006: 26). Esta última disciplina tiene como principal objeto de estudio las prácticas funerarias de las diferentes sociedades a lo largo de la Historia, y el impacto que la muerte ejerce en esas comunidades y en los individuos que la integran (Abad 2006: 1). Para ello se estudian todo tipo de restos funerarios, como:

- Los propios restos esqueléticos que, gracias a los avances en disciplinas como la Arqueometría o la Paleoantropología, aportan información acerca de los patrones alimenticios de los fallecidos, de los trabajos que realizaban, de su salud y de otros muchos aspectos.
- El espacio sepulcral como escenario que permite comprender y conocer tanto a la sociedad como a los individuos que allí yacen, gracias al estudio de cuestiones tales como el tamaño, la monumentalidad, la riqueza o la distribución de los restos en dichos espacios funerarios, entre otros muchos aspectos.
- Las piezas de ajuar funerario, pues su riqueza, su fabricación *ex professo* o su abundancia o ausencia son aspectos claves para entender la posición social del difunto, los intercambios de materias entre comunidades, y a la propia sociedad en sí (Guerra & Fernández Manzano 2014: 10-11).

Gracias a la Arqueología Procesual cuatro son las principales novedades que se establecen en relación con el estudio de los contextos funerarios. En primer lugar, crece el interés por las referencias espaciales. La segunda innovación tiene que ver con la mejora en los métodos de clasificación y el tratamiento estadístico de los datos. La tercera novedad es la importancia concedida a la interpretación social de los restos y, en último lugar, la

introducción de métodos analíticos más evolucionados, permitiendo así el acercamiento y la colaboración con otras disciplinas (Chapa 2006: 27-28).

Algunos de los máximos exponentes teóricos de la Arqueología de la Muerte fueron Lewis Binford, de quien ya hemos hablado, y Arthur Saxe, quienes plantearon el conocido como “enfoque Binford-Saxe”, que sostiene que la identidad social del fallecido se refleja en el contexto funerario. Por tanto, a través del estudio de dichos contextos, se puede obtener mucha información acerca del individuo, de su papel en la sociedad y de su rango jerárquico, así como de la organización y complejidad de la sociedad en sí misma (Fábregas et al. 1995: 19-20). Es por ello que, como planteaban Binford y Saxe, si conocemos las pautas seguidas a la hora de realizar un enterramiento, podemos también conocer la condición del individuo, su estatus, y las obligaciones de la comunidad para con él. Es la comunidad la que organiza todos los ritos funerarios, por lo que, un contexto funerario, aunque sea individual, aporta datos que van más allá del individuo en cuestión y que nos hablan de la sociedad entera que se hizo cargo de sus restos.

De este modo, los arqueólogos comenzaron a explorar los contextos funerarios como herramientas para estudiar la organización social de las sociedades pretéritas (Chapman et al. 1981: 6-10). Sin embargo, también surgieron voces críticas a este planteamiento ya que el registro funerario no siempre es un reflejo fiel de las sociedades del pasado, pudiendo enmascarar sus realidades sociales. De este modo, las corrientes postprocesuales que se desarrollaron en los años 80 buscaron incidir más en el ámbito de la ideología y las relaciones sociales. Así, muestran un claro interés por la iconografía, por la llamada “arqueología de género”, por los individuos infantiles en los contextos funerarios y por la interpretación de los símbolos (Chapa 2006: 35-41).

En los últimos años gracias al avance de las técnicas físico-químicas y su aplicación en los estudios arqueológicos, se pueden extraer de los contextos funerarios datos paleoantropológicos y paleopatológicos que aportan información precisa acerca de cuestiones tales como la procedencia, la dieta, la condición física o las dolencias de los individuos allí presentes (Parker 1999: 3).

Sin embargo, existe también un lado polémico en la Arqueología de la Muerte, que atañe a las cuestiones éticas. Así, han surgido polémicas, sobre todo en países con un pasado colonial, que han tenido que hacer frente a las reclamaciones por parte de las poblaciones

“indígenas” acerca la presencia de restos humanos de dichas comunidades en museos. En EEUU, por ejemplo, se promulgó en 1990 la ley NAPGRA, que establece protocolos para la devolución de los restos reclamados, y en 2001 el gobierno de Gran Bretaña creó una entidad conocida como “Working Group on Human Remains” con la misma finalidad (Chapa 2006: 41-42).

3. EL REGISTRO FUNERARIO DE LA SUBMESETA NORTE DURANTE EL NEOLÍTICO

Este trabajo busca estudiar la organización social de las comunidades neolíticas de la Submeseta Norte a través del registro funerario, siguiendo los postulados de la Arqueología de la Muerte ya que, como se ha explicado en el epígrafe anterior, es posible, mediante los datos proporcionados por los contextos funerarios conocer el mundo de los vivos. Además, para determinados momentos del Neolítico normeseteño, apenas se cuenta con información sobre los poblados y los aspectos más cotidianos de la trayectoria vital de aquellas gentes, por lo que las tumbas se convierten en la principal fuente de información.

3.1. Prácticas funerarias en la Submeseta Norte durante el Neolítico Antiguo

Al igual que ocurre con el resto de la Península Ibérica en el Neolítico Antiguo (VI-V milenio cal AC), se conocen pocos enterramientos de esta época en la Submeseta Norte (Garrido et al. 2012) (véase Anexo, Mapa 1), de ahí que hayan adquirido más relevancia los grandes enterramientos colectivos del Neolítico Medio y Final. No obstante, es importante hacer alusión a las prácticas funerarias que, previamente, se venían realizando en este territorio, puesto que son los antecedentes de las mismas, y nos permiten establecer su evolución mediante una visión comparativa.

Por ello, vamos a dedicar este epígrafe a analizar las tumbas adscritas al Neolítico Antiguo que se conocen en la actualidad en el ámbito normeseteño. Los criterios seguidos para la ordenación de los yacimientos son los siguientes: en primer lugar, se ha establecido una división por provincias, en orden alfabético; y dentro de las provincias se ha vuelto a aplicar este criterio alfabético para ordenar los yacimientos.

3.1.1. Burgos: Alto de Rodilla

Localización: Este yacimiento se ubica en la localidad de Monasterio de Rodilla, en el centro de la provincia burgalesa.

Tipología: Presenta la tipología de los conocidos como “campos de hoyos”, es decir, yacimientos integrados por un conjunto de estructuras negativas sin aparente relación estratigráfica entre ellas. A la hora de explicar la funcionalidad de dichos hoyos se contempla

su uso como contenedores de basura, silos y hoyo de poste. La estructura que nos interesa es aquella que se corresponde con la inhumación de un individuo infantil. Se trata de una fosa sencilla, de planta oval y sección cilíndrica, que fue cerrada mediante el empleo de lajas calizas, sobre las que se depositaron las ofrendas al difunto.

Cronología: La inhumación de la que venimos hablando ha sido datada por la técnica del carbono 14 (C-14, a partir de ahora), situando a ésta y a los demás hallazgos arqueológicos, por afinidad, en el último cuarto del VI milenio cal AC, es decir, en el Neolítico Antiguo.

Los elementos de ajuar: Los restos cerámicos, a excepción de dos galbos decorados, son pequeños y de poca importancia. Se han encontrado elementos líticos tales como un prisma hexagonal de cuarzo de dimensiones reducidas y un fragmento de un bruñidor elaborado en cuarcita.

Estudio antropológico: Se trata de una inhumación de un individuo infantil de unos diez años colocado en posición fetal y mirando hacia el sureste, lo cual es un rasgo bastante común en los enterramientos neolíticos (véase anexo, lámina 1).

Bibliografía: (Alonso Fernández & Jiménez Echevarría 2015).

3.1.2. Burgos: Fuente Celada

Localización: se localiza en Quintanadueñas. Este territorio se inscribe dentro de los Páramos Calcáreos del Arlanzón.

Tipología: Se trata, al igual que el caso anterior, de un yacimiento del tipo conocido como “campo de hoyos”. Son cuatro los tipos de unidades que han aparecido durante las excavaciones: estructuras siliformes, conjuntos de hoyos, alineación de hoyos de poste y fosas de inhumación, tanto individuales como colectivas, siendo éstas últimas las que nos interesan para este estudio

Cronología: Las dataciones radiocarbónicas obtenidas a partir de un hueso humano han deparado para el individuo inhumado en el hoyo 62 una cronología neolítica, a diferencia de la mayoría del conjunto arqueológico, que es de época campaniforme. Dicha datación, obtenida mediante la técnica del C-14 se sitúa entre finales del VI e inicios del V milenio cal AC.

Los elementos de ajuar: El individuo del enterramiento neolítico presenta un ajuar compuesto por tres aros de hueso dispuestos alrededor del cuello.

Estudio antropológico: La inhumación del hoyo 62 corresponde a un individuo adulto, ya en la senectud, que fue depositado en la cubeta en posición fetal (véase anexo, lámina 2).

Bibliografía: (Alameda et al. 2011).

3.1.3. Burgos: El Hoyo

Localización: Se sitúa en la localidad burgalesa de Monasterio de Rodilla, aproximadamente medio kilómetro al suroeste del ya citado yacimiento de Alto de Rodilla. Se ubica en la zona central de un páramo de unos mil metros de altitud.

Tipología: Se trata de una estructura funeraria con perfil en forma de cuenco, cuya parte oriental fue excavada en el pavimento arenoso, mientras que el resto de la misma aprovechó una oquedad rocosa. Se colocaron piedras de pequeño tamaño en el sector suroriental que favorecieron la configuración circular de la planta. Para adaptarse al terreno la estructura tiene diferente profundidad según en qué zonas con la finalidad de lograr la nivelación del fondo. Es muy probable que contara con una cubierta de tierra o de piedra, de modo que configurara un túmulo que habría permitido su identificación.

Cronología: Gracias a las dataciones radiocarbónicas obtenidas a partir de huesos humanos se ha ubicado cronológicamente esta inhumación en los comienzos del Neolítico Reciente, a finales del V milenio cal AC. Constituye uno de los últimos casos de tumbas individuales antes de su sustitución por las tumbas colectivas que coparán el registro funerario del Neolítico a partir de entonces.

Los elementos de ajuar: El ajuar estaba compuesto por varios útiles óseos y de sílex, entre los que destacan un buril y varias láminas. En el interior de la boca del difunto apareció un gasterópodo perforado. Además, se recuperaron diversos anillos elaborados en hueso, los cuales es probable que formaran parte de un cinturón o de un collar (véase anexo, lámina 3).

Estudio antropológico: Se trata de la inhumación de un varón cuya edad se estima entre los 20 y los 25 años. Fue depositado sobre su costado izquierdo, con el tronco flexionado hacia

delante, la cabeza hacia abajo y algo inclinada hacia la derecha, los brazos cruzados y las manos colocadas encima del abdomen, y la piernas en flexión, juntando pies y rodillas.

Bibliografía: (Alonso Fernández & Jiménez Echevarría 2015).

3.1.4. Burgos: Molino de Arriba

Localización: El yacimiento se localiza en el término municipal de Buniel, en una zona de terrazas de la margen izquierda del río Arlanzón.

Tipología: Se trata de una inhumación individual en una fosa circular.

Cronología: Aún no se han llevado a cabo dataciones radiocarbónicas que permitan determinar la antigüedad de este enterramiento, que, por el momento, se ha encuadrado en el Neolítico Antiguo por la tipología de la propia tumba y de los elementos de ajuar.

Los elementos de ajuar: Está integrado por tres recipientes cerámicos, que fueron depositados junto a la inhumación. En una de las manos se dispuso uno de los vasos mientras que los dos restantes se sitúan a ambos lados de la cabeza. Completan el ajuar dos cuentas de collar encontradas dentro de un vaso.

Estudio antropológico: El individuo, del que carecemos de datos relativos a su sexo y edad, fue depositado sobre su costado derecho, con las piernas flexionadas y los brazos en posición estirada, llegando a alcanzar las manos el abdomen (véase anexo, lámina 4).

Bibliografía: (Palomino Lázaro et al. 2011).

3.1.5. Soria: La Lámpara

Localización: Este yacimiento se localiza en la zona suroriental de Soria, junto a la tumba colectiva y monumental de La Peña de la Abuela, de la cual hablaremos con posterioridad. Durante las campañas de excavación desarrolladas en 1996 y 1997 en dicha tumba se detectaron anomalías magnéticas en el entorno, en un terreno conocido bajo el topónimo de La Lámpara. Se excavó esta zona, saliendo a la luz un conjunto de estructuras negativas que constituyen un hábitat al aire libre, así como una sepultura.

Tipología: El enterramiento de La Lámpara es una sepultura de inhumación individual en fosa (véase anexo, lámina 5).

Cronología: Las dataciones radiocarbónicas la sitúan a finales del VI milenio cal AC. Son tres las dataciones absolutas de que se dispone: la primera obtenida de carbón vegetal, y las otras dos de huesos humanos.

Los elementos de ajuar: Si bien es cierto que se han encontrado casi 250 fragmentos de cerámica, cerca de un centenar de piezas líticas y tres útiles de hueso en el relleno de la tumba, estos elementos caben ser considerados más bien como ofrendas depositadas en la fosa durante el proceso de colmatado de la misma. De este modo, el ajuar propiamente dicho estaría configurado por un vaso cerámico decorado y una lámina de sílex con retoques que fueron depositados a los pies de la inhumación. La cerámica apareció incompleta, y es muy posible que se rompiera intencionadamente en el momento de colocarla en la tumba, con el propósito de lograr de este modo que la decoración incisa de la misma se asemejara a una figura antropomorfa. Es muy probable que fuera una ofrenda del grupo a la anciana fallecida (véase anexo, láminas 6, 7 y 8).

Estudio antropológico: Dentro de la fosa apareció inhumada una anciana de una edad comprendida entre los 40 y los 70 años, que apenas conservaba dientes. Su cadáver se colocó en posición horizontal, sobre el costado derecho, con las piernas encogidas y los brazos recogidos a la altura del cuello.

Bibliografía: (Rojo & Kunst 1999).

Una vez presentados los documentos relativos al Neolítico Antiguo, podemos concluir que sí que existe cierta unidad a la hora de llevar a cabo las prácticas funerarias, puesto que la tipología común a todas ellas es la de sepulturas de inhumación individual en fosa u hoyo. Era muy común, además, que el individuo fuera colocado en posición fetal o flexionada. En lo que se refiere a los ajuares, predominan los elementos líticos y los útiles óseos, y también está presente la cerámica.

Por lo que respecta a cuestiones sociales, parecen estar representados todos los individuos de la comunidad, pues se han encontrado inhumados individuos de ambos sexos, y de todas las edades: infantiles, adultos y ancianos. No obstante, la escasez de yacimientos de

carácter funerario en esta época nos impide establecer teorías acerca de la condición de los inhumados.

En lo referente a la distribución espacial, se aprecia una concentración de los yacimientos funerarios del Neolítico Antiguo en el Noroeste de la Submeseta Norte, en la provincia de Burgos, y al suroeste de esta, en Soria, con una ausencia de las mismas en el resto del territorio sobre el cual estamos trabajando.

3.2. Prácticas funerarias en la Submeseta Norte durante el Neolítico Medio y Final

En este apartado estudiaremos de forma conjunta las prácticas funerarias del Neolítico Medio y Final en la Submeseta Norte (IV milenio cal AC), puesto que presentan unas características comunes. En estas dos fases se aprecian con claridad cambios significativos en el ámbito funerario con respecto de la etapa anterior: se pasa de un modelo de sepulcros de inhumación individual a tumbas colectivas de carácter diacrónico, que se insertan dentro del fenómeno del megalitismo.

3.2.1. Caracterización del Megalitismo normeseño

Desde un punto de vista etimológico, la palabra “megalito” hace referencia a piedras grandes y se puede, por tanto, utilizar como adjetivo para las construcciones pétreas de gran tamaño. En Arqueología Prehistórica, el fenómeno megalítico hace alusión a una costumbre funeraria que se desarrolló por gran parte de la Europa Atlántica y que vendría representada por tumbas colectivas construidas con enormes bloques de piedra. El Megalitismo europeo presenta unas características propias, como la cronología, con fechas que lo sitúan entre el V y el III milenio AC, en un contexto definido por la consolidación de la agricultura y de la ganadería (Delibes et al. 2012: 76).

Distribución geográfica del Megalitismo en la Submeseta Norte

Las primeras evidencias megalíticas en este territorio aparecieron en la provincia de Salamanca a comienzos del siglo XX, con monumentos como los de Lumbrales, Villar de Argañán o San Benito de la Valmuza, entre otros, a los que con posterioridad se han ido

sumando otros muchos sin llegar a superar la centena. Más tarde, prospecciones en la provincia zamorana sacaron a la luz varios sepulcros en la comarca sayaguesa hasta alcanzar la veintena que se conoce en la actualidad, desigualmente repartidos por la provincia. En el caso de Ávila los hallazgos son más bien escasos, al igual que ocurre en Segovia y en Valladolid, donde si bien es cierto que se han realizado algunos descubrimientos, la presencia del megalitismo es más bien débil. En Soria el panorama ha cambiado en las últimas décadas ya que si hasta hace poco sólo se conocía un número casi testimonial de megalitos, ahora hay constancia de al menos una veintena, a la espera de los nuevos datos que puedan arrojar futuras investigaciones. Lo mismo ocurre en la provincia vallisoletana. Un caso muy especial es el de la provincia de Burgos, donde existe una proliferación de este tipo de monumentos, en especial en la comarca de la Lora. Más al oeste, en la Lora palentina, hay cerca de una decena de dólmenes y en Brañosera se ha descubierto un curioso círculo megalítico; aunque, por su calidad, grado de conservación e información que aporta, el más importante es sin duda el dolmen de La Velilla, más hacia el sur de la provincia. Por último, en el caso leonés, existen buenas expectativas para las futuras prospecciones que puedan llevarse a cabo en el territorio, particularmente en la zona norte (Delibes 2010: 13-17). De este modo, podríamos hablar de una disimetría en la distribución del megalitismo en esta región, situándose las mayores concentraciones en los sectores NE y SW (véase anexo, mapa 2).

Tipología

Los dólmenes o sepulcros megalíticos son enterramientos colectivos de carácter diacrónico elaborados con piedras de gran tamaño. Han de contar con una cámara delimitada por ortostatos, que puede estar o no cerrada y a la cual, en ocasiones, se le añade un pasillo de entrada. Otro de los elementos característicos de estos monumentos es el túmulo, una estructura construida a partir del amontonamiento de piedras y tierra, con cierto grado de complejidad técnica y arquitectónica, que cumplía las funciones de defensa y señalización del enterramiento. Sin embargo, no todos los sepulcros presentes en la Submeseta Norte siguen los cánones del tipo dolménico, aunque éste sea el predominante. Así, existe una tipología muy diversa de monumentos megalíticos en esta área, cuyas principales características han sido señaladas por el profesor Germán Delibes (2010).

En primer lugar hay que destacar los sepulcros megalíticos canónicos, grupo en el cual se incluyen todos los camerales con paredes pétreas. En este contexto y en este período son los enterramientos más habituales. Generalmente, y salvo raras excepciones, están desprovistos de cubiertas monolíticas. Cabe destacar dentro de esta grupo dos tipos distintos: los sepulcros de corredor, y los dólmenes simples, cuya principal diferencia radica en que tengan o no pasillo (véase anexo, láminas 9 y 10).

Una de las características principales de este tipo de monumentos camerales es que no tenían una funcionalidad de inhumación en el sentido habitual de la palabra, sino que eran más bien un lugar para la exposición de los cuerpos de los fallecidos. Como ya hemos dicho, eran tumbas abiertas, de carácter diacrónico, que se usaban a lo largo de un período de tiempo durante el cual se iban añadiendo más cadáveres al conjunto.

Otro tipo de tumbas colectivas presente en la Submeseta Norte, que no es estrictamente dolménico, pero sí muy cercano a los llamados megalitos canónicos, son los redondiles. En este caso los ortostatos, en lugar de aparecer hincados verticalmente, delimitan la cámara colocados en disposición apaisada, sobre los cuales, presumiblemente, se alzarían paredes de tapial. El interior de estas cámaras presenta enterramientos colectivos, con sus respectivos ajuares, y las funciones de estas estructuras eran las mismas que las de los dólmenes canónicos (véase anexo, lámina 11).

En tercer lugar cabe mencionar los hipogeos. Si bien es verdad que no se tiene conocimiento certero de la existencia de este tipo de monumentos en el área que nos atañe, lo cierto es que la tumba colectiva de La Candamia, en León, lo pudo ser en su momento. Se trataría nuevamente de un enterramiento colectivo de carácter diacrónico, pero que presenta una diferencia fundamental con respecto a los dos anteriores tipos, y es que, mientras que tanto dólmenes como redondiles fueron construidos de tal manera que fueran visibles al exterior, actuando posiblemente como señalizadores territoriales, los hipogeos no se construían con ese propósito, al contrario, se ocultaban y buscaban pasar inadvertidos.

Un caso muy especial es el de las conocidas como “tumbas-calero” (véase anexo, lámina 13). Son también enterramientos colectivos de carácter diacrónico dotados de una estructura tumular, pero su principal característica, que los diferencia de los demás tipos, es que los osarios han aparecido cubiertos por una capa de cal de grosor variable. Esa cal proviene de la piedra caliza empleada para la construcción de los monumentos, la cual, tras

ser sometida a altas temperaturas, acaba por alterarse y transformarse en cal. Lo que define a las tumbas-calero es que, tras su uso, y a modo de clausura y condena, se procedía a la quema intencionada de dichos monumentos. Los incendios llegaban a alcanzar unas temperaturas muy elevadas y duraban varios días. Otra gran diferencia entre los dólmenes y las tumbas-calero es que, en los primeros, el túmulo publicitaba una sepultura en uso, mientras que en el caso de las tumbas-calero funcionaba como una especie de recordatorio de tumbas ya clausuradas, pero cuyo recuerdo había que mantener vivo.

Existe un último tipo de enterramientos colectivos en la Submeseta Norte cuya principal diferencia respecto de los anteriores radica en su naturaleza o funcionalidad, y es que, aunque se trata de enterramientos colectivos bajo túmulo, al igual que la mayoría de los anteriores, en este caso el propósito que se persigue con la construcción de los mismos no es la exposición de los fallecidos, sino la inhumación definitiva. Además, en este tipo de enterramientos desaparece ese uso diacrónico del que venimos hablando con anterioridad. Carecen de cámara y los restos fueron sepultados de forma inmediata tras ser depositados (Delibes 2010: 17-24).

Elementos de ajuar

El ajuar es el conjunto de elementos depositados en el enterramiento junto al difunto. Puede tratarse de objetos personales de los fallecidos, o bien ser ofrendas y útiles, o adornos elaborados expresamente con un fin funerario. El ajuar es una fuente de inestimable valor que arroja información acerca del individuo al que acompaña. Y es que, la composición de los ajuares varía en función del sexo, de la edad, del rango social y de multitud de factores. Además, la determinación de materias primas permite conocer el origen de los elementos que los forman y así abrir importantes vías de investigación acerca del intercambio cultural y de las redes comerciales del momento.

Siguiendo los criterios de G. Delibes (2010: 33) en la fase de implantación del megalitismo normeseteño (finales del V milenio cal AC) los ajuares-tipo estaban compuestos por microlitos con formas geométricas, láminas, hachas pulimentadas, espátulas óseas de diferentes tipos y cuentas de collar elaboradas a partir de concha o de piedra. El porcentaje de cerámicas aparecidas es insignificante.

En una segunda fase o etapa, que podría considerarse ya como de plenitud megalítica (IV milenio cal AC), los elementos que forman parte del ajuar cambian. Así, en estos momentos, son habituales largas láminas con funcionalidad de cuchillo, aparecen las puntas de flecha con retoque plano y la presencia de espátulas del tipo San Martín-El Miradero² disminuye notablemente, a la par que aumentan los alfileres óseos con cabeza triangular. También son muy comunes las hachas pulimentadas, ahora de mayor tamaño, así como las cuentas de collar elaboradas tanto en piedra como en concha.

Se conocen casos de ajuares que cuentan entre sus piezas con objetos exóticos, lo cual apunta a que en estos tiempos existían ya activas redes de intercambio a cierta distancia.

Otro aspecto al que hay que hacer alusión en este apartado es que, si bien es cierto que existían ajuares colectivos en estos enterramientos –quizás ofrendas al grupo– también han podido identificarse ajuares individuales, lo cual parece apuntar a posibles diferencias en una sociedad que tradicionalmente ha sido considerada como igualitaria (Guerra et al. 2009).

3.2.2. Tumbas con datos antropológicos

Son muchas las tumbas megalíticas localizadas en la Submeseta Norte, tema ya tratado en el punto anterior. Sin embargo, por diversas razones (ausencia de restos esqueléticos en los osarios, excavaciones antiguas, intervenciones de urgencia, entre otras) no todas ellas cuentan con estudios antropológicos. Para este TFG, en el que lo que nos interesa son especialmente los datos de carácter antropológico, se ha realizado una selección de aquellas tumbas que pudieran aportar más datos en ese campo concreto.

Por lo tanto, se han excluido de este estudio tanto aquellas tumbas megalíticas que no cumplían los requisitos especificados en el párrafo anterior, como las que quedaban fuera del marco cronológico establecido, esto es, el Neolítico Medio y Final. Es el caso de la tumba de El Hundido, que si bien sí que aporta una gran cantidad de datos antropológicos, es de un periodo posterior al tratado en este trabajo, pues pertenece Neolítico Final-Calcolítico. (Alonso Fernández 2015: 84-85).

² Las espátulas del tipo San Martín-El Miradero son unas piezas óseas que se vinculan con contextos funerarios y se caracterizan porque sus mangos han sido labrados para lograr una iconografía específica, representándose una mujer que algunos especialistas han relacionado con la diosa de la vida y de la muerte (Delibes 2000: 345).

Los criterios para la ordenación de los yacimientos son los mismos que los seguidos en el apartado 3.1 con los yacimientos del Neolítico Antiguo, esto es, su ordenación por provincias dispuestas según el orden alfabético, y en el caso de tratar dos o más yacimientos localizados en el mismo territorio provincial, éstos se ordenan a su vez siguiendo nuevamente el criterio alfabético.

3.2.2.1. Ávila: El Prado de las Cruces

Localización: Esta tumba se encuentra situada en la pedanía de Bernuy-Salinero, a unos ocho kilómetros de la ciudad de Ávila, en la subcomarca geográfica de Campo de Azálvaro. La construcción se realizó al fondo de una vega, asegurando así su visibilidad desde cualquier lugar de las lomas que la circundan y convirtiéndola en un punto de referencia visual.

Tipología arquitectónica: se trata de un sepulcro de corredor que, aunque en el momento de su excavación se mostraba bastante alterado, conservaba diez de los doce ortostatos que originalmente dieron forma a la cámara, y también el lado izquierdo del pasillo de acceso a la misma. El túmulo contaba con una base de lajas de granito, dispuestas de forma imbricada en la zona de la cámara, y de un modo más desordenado en el ámbito del corredor. Se calcula que el montículo tumular pudo tener un diámetro aproximado de unos 22 m. Su altura nos es desconocida, pues se carecen de los datos necesarios para su reconstrucción, si bien la desproporción existente entre los ortostatos del corredor y los de la cámara pudiera sugerir dos alturas diferentes.

Cronología: no se dispone de dataciones absolutas para este dolmen. No obstante, los materiales recuperados en el transcurso de la excavación han permitido proporcionar una cronología relativa que se corresponde con diversas etapas situadas entre el Neolítico Final y el Bronce Final, si bien fue en el Calcolítico cuando se dio un mayor uso al monumento.

Los elementos de ajuar: son los propios de los sepulcros colectivos de este momento (recipientes cerámicos, piezas de sílex como láminas, geométricos y alguna punta de flecha, cuentas de collar, etc.). La mayor parte de estos materiales se localizaron en el túmulo, si bien cabe suponer que originariamente habrían sido depositados en la cámara, siendo desplazados posteriormente debido a las incursiones y violaciones sufridas por el monumento.

Estudio antropológico: se encontraron un total de 884 fragmentos de huesos humanos, muchos de ellos con indicios de haber estado sometidos al fuego. Únicamente el 2% aparecieron dentro de la cámara y el corredor, localizándose el resto en el túmulo. En el sector suroriental del túmulo se encontró una concentración de huesos, correspondientes a un número mínimo de cuatro personas, siendo dos de ellos adultos y dos subadultos. Todos presentaban muestras de haber sido expuestos al fuego no mucho tiempo después de su muerte. Este último dato es clave para desechar la hipótesis de la “incineración higiénica” para reducir el número de huesos cuando el monumento estuviera cerca del colapso. Dichos indicios parecen más bien hablar de ritos funerarios en los que el fuego estaría presente.

Bibliografía: (Fabián 1997).

3.2.2.2. Burgos: Alto de Reinoso

Localización: Se ubica en el término municipal de Monasterio de Rodilla, concretamente en una loma cercana a la divisoria entre el citado término municipal y el de Fresno.

Tipología arquitectónica: Se trata de un dolmen simple. Fue descubierto en el transcurso de unos trabajos agrícolas que destruyeron gran parte del monumento.

Cronología: Los elementos de ajuar sugieren una cronología del IV milenio AC, lo que vendría confirmado por tres dataciones radiocarbónicas realizadas sobre tres restos humanos, que se sitúan entre el 3700 y el 3600 cal AC. Se han documentado también inhumaciones intrusivas de la Edad del Bronce.

Los elementos de ajuar: Entre ellos se cuenta con numerosas láminas y microlitos geométricos de sílex, hachas de piedra pulimentadas, cuentas de collar realizadas con diferentes materiales, punzones y espátulas del tipo llamado San Martín-El Miradero (véase anexo, lámina 14).

Estudio antropológico: En este dolmen se encontró un abultado osario, con huesos en posición secundaria y algunas conexiones anatómicas parciales. Se aprecian labores de reordenación de los huesos, y de una disposición de los mismos de un modo intencionado, fruto, probablemente, de algún ritual. Bajo todos estos huesos aparecieron diez esqueletos con buena conexión anatómica, en algunos casos, completa. Ha sido identificado un número mínimo de 47 individuos, en los que ambos sexos y diferentes franjas de edad están presentes,

si bien es cierto que la representación de niños menores de 6 años es muy escasa. Se han podido detectar en los huesos ciertas patologías, como artrosis, fracturas o traumas craneales de los que los respectivos individuos se recuperaron antes de la muerte, y, en menor medida, caries.

Se han realizado análisis de ADN que demuestran un vínculo de parentesco. Es curioso, además, que algunos de los esqueletos conservados en su totalidad aparecen muy próximos unos a otros, incluso abrazados. Se han realizado además análisis de isótopos de estroncio cuyos resultados han permitido saber que tan solo unos pocos individuos procedían de entornos geológicos distintos a los locales.

Bibliografía: (Rojo et al. 2015).

3.2.2.3. Burgos: las tumbas de La Lora

En el caso de la comarca de La Lora burgalesa no se ha realizado un estudio individualizado de los yacimientos, ya que el profesor Germán Delibes, quien ha liderado la investigación megalítica en este sector, llevó a cabo en su día una lectura antropológica conjunta a partir de los datos obtenidos en sus excavaciones (Delibes 1993).

Localización: La comarca de la Lora se sitúa en el noroeste de la provincia de Burgos. Cuenta con una alta concentración de monumentos megalíticos en comparación con el resto de este tipo de construcciones en la Submeseta Norte. Los dólmenes aparecen, en la mayor parte de los casos, separados entre sí por varios kilómetros, o aislados gracias a elementos topográficos. La localización de los dólmenes en el territorio no es aleatoria, sino que responde a unas pautas relacionadas con la topografía y el aprovechamiento de recursos. De este modo, suelen situarse en zonas elevadas, o que permite el dominio de un amplio campo visual. Todo ello hace sospechar que, más allá de su función funeraria, cumplían una importante labor para los vivos, como hito que simbolizaba propiedad y permanencia.

Tipología arquitectónica: La mayor parte de los monumentos responden al esquema de los sepulcros de corredor, con cámara de planta de tendencia circular y pasillo de acceso. Los ortostatos de caliza local con los que construyó la cámara se disponían verticalmente, mientras que los del corredor lo hacían de modo apaisado. Las cámaras eran espacios cerrados, posiblemente por una techumbre de madera y tierra. Las dimensiones de los túmulos

megalíticos de la región de La Lora varían, pero ninguno de ellos sobrepasa los treinta metros de longitud, y son de planta circular. Respecto a la altura, tampoco superan los 2,5 metros conservados, aunque originalmente debieron ser más elevados. Son muchos los ejemplos de este tipo, entre los cuales podríamos citar Fuentepecina I, Las Arnillas o La Cabaña.

Existe otro modelo de megalito en La Lora, que responde a la estructura de los conocidos como “dólmenes simples”, que carecen de corredor y cuentan únicamente con la cámara, como es el caso de La Nava Alta o Fuentepecina II. Su tamaño es inferior al de los anteriores, y sus plantas varían, pudiendo ser de tendencia cuadrada, rectangular o circular.

Cronología: Gracias a las dataciones realizadas a partir del C-14, se sabe que los tipos más antiguos fueron los túmulos no megalíticos, carentes de cámara, caso de El Rebolledo, y los dólmenes simples, como el de Fuente Pecina II, cuyo uso se sitúa en los últimos siglos del V milenio cal AC. Por su parte, los grandes sepulcros de corredor se levantaron en el último tercio del IV milenio AC.

Los elementos de ajuar: Los ajuares se componen en su mayoría de elementos elaborados en hueso o en piedra. Hay tanto armas y herramientas como simples objetos de adorno. Abundan los cuchillos de sílex, y los microlitos geométricos. También han aparecido puntas de flecha de sílex. En menos cantidad, se han encontrado microburiles y perforadores. Son abundantes y caracterizadoras de este tipo de ajuares, junto con los cuchillos, las hachas pulimentadas. Los objetos elaborados en hueso son más bien escasos, y se suele tratar de punzones, aunque también se ha documentado un pequeño puñal. La cerámica es casi inexistente, reduciéndose su hallazgo a unos pocos fragmentos, que en su mayoría corresponden a vasijas. Los únicos elementos de adorno aparecidos son cuentas de collar elaboradas a partir de piedra, hueso o concha. Para finalizar, estos ajuares contaban con algunos elementos cuya funcionalidad se desconoce, y que son tratados como “elementos votivos”. Son los prismas de cuarzo encontrados en Fuentepecina, y los ídolos-espátula aparecidos en varios yacimientos.

También se han encontrado materiales que se escapan al contexto cronológico en el que estamos trabajando, y que son fruto de reutilizaciones posteriores.

Estudio antropológico: El número de individuos enterrados en unos y otros dólmenes lógicamente varía, en función del tamaño de la comunidad y del período de uso del monumento, pues no hay que olvidar que se trata de “monumentos funerarios colectivos de uso diacrónico” (Delibes et al. 1993: 29). Las cifras de individuos enterrados en estos

dólmenes pudo en algunos casos superar la centena, y en otros apenas llegar a la veintena. Las labores de reordenación, y las posteriores y diversas intrusiones que han sufrido los dólmenes hacen que apenas se conserven las conexiones anatómicas de los esqueletos. En la mayor parte de los estudios antropológicos realizados en otros focos megalíticos, los resultados han arrojado a la luz datos que hacen pensar en enterramientos de carácter selectivo de sociedades, por tanto, no muy igualitarias. Sin embargo, en el caso que nos atañe, no ocurre lo mismo al menos en el dolmen de Las Arnillas, donde gracias a la buena conservación de su osario, se ha podido llevar a cabo un exhaustivo estudio antropológico. Los datos extraídos muestran una relación bastante equilibrada entre los hombres y las mujeres enterradas, constituyendo los primeros el 60% de los individuos, y las segundas el 40%. Lo mismo ocurre en lo referente a las edades de los individuos enterrados, apareciendo representadas todas las franjas de edad: un 9% de niños, un 54% de jóvenes, un 25% de adultos y un 12% de ancianos (eran considerados niños hasta los 12 años, jóvenes hasta los 25 y adultos hasta los cuarenta) (Delibes et al. 1993: 31). Pero, hay tener siempre presente que se trata de una sola muestra de uno de los muchos dólmenes presentes en el territorio de la Lora (véase anexo, gráfico 1).

Se tiene constancia de trepanaciones realizadas en vida, y a las cuales los individuos sobrevivieron. En muchos de los osarios se encuentra presente el ocre que pudo formar parte de los rituales funerarios.

Bibliografía: (Delibes et al. 1993).

3.2.2.4. Palencia: La Velilla

Localización: Este sepulcro se localiza en terreno municipal de Osorno, en el noreste de la comarca de Tierra de Campos de Palencia. Se sitúa en una terraza elevada en la margen derecha del río Valdavia.

Tipología arquitectónica: Se trata de un megalito cuya cámara, de planta prácticamente circular, está delineada por bloques de piedra colocados de forma apaisada, de ahí que La Velilla se incluya en el grupo de los redondiles de la Meseta Norte. La cámara aparece rodeada por un anillo de bloques calizos que aportaban mayor estabilidad al monumento. Todo ello estaba rematado por un imponente túmulo. Se desconoce cuál fue la tipología

originaria de este megalito, pues no se conserva en su totalidad. De este modo, es una incógnita si contaba con un pasillo de acceso.

Cronología: Se ubica cronológicamente, gracias a dataciones radiocarbónicas, en la segunda mitad del IV milenio cal AC. Hay que señalar que, en un nivel inferior, debajo del monumento funerario ha aparecido un espacio habitacional previo, del VI-V milenio cal AC.

Los elementos de ajuar: Los elementos de ajuar al parecer no se presentan asociados a individuos concretos. Se tratan de piezas tales como láminas, geométricos y puntas de flecha de sílex; hachas pulimentadas; elementos de adorno tales como cuentas de collar elaboradas en diversos materiales; punzones; colgantes e ídolos-espátula del tipo San Martín-El Miradero (véase anexo, lámina 15).

Estudio antropológico: El osario apareció cubierto por cinabrio triturado, lo cual confería un tono rojizo a los huesos. Probablemente esta sustancia se depositó durante el transcurso de algún ritual o ceremonia funeraria, relacionada con la conservación de los cadáveres. Se conservan conexiones anatómicas totales y parciales. Los estudios realizados atestiguan un número mínimo de 76 individuos enterrados, de los cuales se sabe que 56 eran adultos (48 varones y 8 mujeres), y 6 eran adolescentes y 12 eran niños. Las desigualdades entre sexos y edades son manifiestas (véase anexo, gráfico y tabla 2).

Bibliografía: (Zapatero 2012).

3.2.2.5. Soria: La Peña de la Abuela

Localización: El túmulo de La Peña de la Abuela se localiza en la localidad soriana de Ambrona, a los pies del monte Galafre, en la margen derecha del valle surcado por el arroyo de La Mentirosa.

Tipología arquitectónica: El monumento funerario original, realizado con piedras calizas, pudo adoptar la forma de *tholos* o sepulcro de corredor con falsa cúpula por aproximación de hiladas. En un determinado momento, fue clausurado deliberadamente mediante un incendio. De hecho, la propia concepción de la construcción responde a esta intencionalidad final de quema con el objetivo de conseguir la formación de una dura costra de cal sobre el depósito funerario. A este tipo de enterramientos se les conoce como “tumba calero”.

Cronología: Las dataciones radiocarbónicas obtenidas para siete muestras de carbón han arrojado unas fechas que sitúan la ocupación neolítica del monumento en los inicios del IV milenio cal AC. Con posterioridad, en el III milenio, el túmulo acogió al menos dos inhumaciones campaniformes.

Los elementos de ajuar: El ajuar estaba compuesto por una abundante cantidad de industria lítica tallada, entre la que se cuentan perforadores, láminas simples y retocadas, geométricos, microburiles o raspadores. También ha aparecido industria lítica pulimentada, sobre todo hachas y azuelas; industria ósea, que cuenta con ídolos-espátula; y cerámica, en ocasiones campaniforme, asociada a esas tumbas intrusivas. Además, se descubrieron cuentas de collar, y otros elementos de adorno.

Estudio antropológico: El ritual de clausura mediante fuego y cal dificultan enormemente el estudio del osario. El mal estado de conservación de los restos óseos impide aislar individuos completos, aunque sí que se conservan algunas conexiones anatómicas. El número mínimo de individuos localizados ha sido de nueve. Existe una preeminencia absoluta de los individuos adultos, que suponen el 96% de los enterrados frente a un escaso 4% perteneciente a individuos infantiles. Tan solo se ha podido conocer el sexo de 11 del total de individuos enterrados, siendo cinco de ellos varones, y seis mujeres. Se trata por tanto de una representación muy equilibrada de ambos sexos. Sin embargo, debido a lo reducido de la muestra, no se pueden extraer conclusiones categóricas, ya que lo más probable es que la equidad de esta muestra no sea representativa respecto del total, más si atendemos a los datos antropológicos extraídos de diversos estudios de estructuras funerarias de esta etapa, los cuales reflejan una clara preponderancia del género masculino en los enterramientos (véase anexo, gráfico 3).

Bibliografía: (Rojo et al. 2005).

3.2.2.6. Soria: La Tarayuela

Localización: Este túmulo se localiza en la margen izquierda del Arroyo de la Mentirosa, sobre una elevación del terreno o plataforma, en el municipio soriano de Ambrona.

Tipología arquitectónica: Se trata de una “tumba calero” y, debido a la acción del fuego, resulta complicado conocer a día de hoy la estructura originaria del monumento funerario.

Debió de ser sencilla, con planta oval, y sin estructuras que individualizaran el osario. En opinión de sus excavadores, nos encontramos ante una “tumba calero” imperfecta (Rojo et al. 2005: 194), ya que a diferencia de otras sepulturas similares (La Peña de la Abuela o la fase I del túmulo de la Sima, ambas en el mismo Valle de Ambrona), la estructura caliza original no sufrió una combustión completa como para provocar la formación de una potente costra de cal.

Cronología: Dataciones radiocarbónicas obtenidas a partir algunos restos de madera carbonizada sitúan a este monumento funerario hacia mediados del IV mil. cal AC.

Los elementos de ajuar: Durante las excavaciones aparecieron numerosas piezas líticas talladas, así como nueve piezas de industria lítica pulimentada; algunos elementos trabajados en hueso, como una placa, punzones, colgantes o ídolos-espátula. El ajuar se completa con elementos de adorno, tales como cuentas de collar elaboradas en variscita, concha, vértebras de pez, o un cubo de pirita. Existen indicios de que los ajuares en un primer momento acompañaban a los cuerpos de los individuos, y que se fueron dispersando con el paso del tiempo.

Estudio antropológico: Debido a la propia naturaleza de la tumba, a su uso diacrónico y extendido en el tiempo, así como a la necesidad de reorganizar los restos para acoger otros nuevos, el osario ofrecía una imagen desordenada. No obstante, en La Tarayuela se han encontrado innegables conexiones anatómicas, si bien éstas distan mucho de ser completas. El fuego del ritual de clausura afectó a una parte del osario. Se estima la presencia de 17 individuos, todos ellos subadultos, con una clara desproporcionalidad entre sexos, con once individuos de género masculino, tan solo uno de sexo femenino, dos alofisos y tres indeterminados (véase anexo, tabla 4).

Apenas se han encontrado patologías en los restos óseos, a excepción, eso sí, de las caries, lo cual se atribuye a que los individuos enterrados aquí serían probablemente pertenecientes a un segmento privilegiado de la población, con acceso a una buena alimentación y a un buen estilo de vida.

El examen antropológico ha permitido aportar datos acerca del modo de vida de esta población, mayoritariamente agrícola, que también se dedicaba a tareas como la caza o la recolección, y que realizaba tareas domésticas como el transporte de agua o mercancías, así como acciones bélicas, tales como el lanzamiento de proyectiles.

Bibliografía: (Rojo et al. 2005).

3.2.2.7. Soria: El Túmulo de la Sima

Localización: Este túmulo se ubica en un pequeño promontorio, al pie de las estribaciones más norteñas de Sierra Ministra, en la margen izquierda del Arroyo Madre y a unos 150 metros de la Laguna de la Sima, dentro del término municipal de Miño de Medinaceli, en el soriano Valle de Ambrona.

Tipología arquitectónica: Nos encontramos ante un yacimiento muy complejo que vivió varias fases constructivas. En un primer momento se construyó una “tumba calero” (Sima I) y posteriormente, sobre ésta, se levantó un *tholos* (Sima II). La estructura de la “tumba calero” contaba con una planta circular, y fue edificada con piedras calizas dispuestas en hiladas concéntricas que acababan en falsa cúpula. Después de un periodo relativamente largo de uso diacrónico, fue clausurada mediante una ceremonia de fuego que transformó en cal la estructura de piedra. Tras la combustión ceremonial, el lugar no fue abandonado, y sobre la costra de cal del cráter del centro del túmulo, originado por el incendio, se levantó el *tholos* citado anteriormente. Este contaba con una planta circular y paredes pétreas elaboradas a partir de la aproximación de hiladas y rematadas con una falsa cúpula. A diferencia del interior no fue diseñado para ser incendiado con posterioridad. Tras un período de abandono, el lugar acogería nuevas inhumaciones pero en este caso ya individuales y asociadas a materiales campaniformes (Sima III).

Cronología: Se han logrado obtener doce fechas radiocarbónicas, que nos permiten situar a la “tumba calero” entre finales del VI milenio cal AC y comienzos del V milenio cal AC, y al *tholos* posterior en torno al 3700-3600 cal AC.

Los elementos de ajuar: En la Sima I aparecen escasos fragmentos cerámicos, pero un gran número de elementos de industria lítica, tanto tallada como pulida. En lo referente a la industria ósea, se han documentado espátulas y matrices para anillos. En la Sima II nos encontramos, nuevamente, con un número muy reducido de piezas cerámicas y una industria lítica muy similar a la anterior. Entre los objetos elaborados en hueso destacan los alfileres y punzones. Además, han aparecido elementos de adorno, como cuentas de collar.

Estudio antropológico: El osario de la Sima I ha llegado hasta nuestros días en muy malas condiciones, debido sobre todo al funeral de clausura de fuego y cal. En cuanto a la Sima II, se ha podido identificar un número total de 26 individuos. Llama la atención la distribución de sexos, pues uno de ellos, como suele ocurrir en este tipo de monumentos, predomina de forma notable sobre el otro. Pero, a diferencia de lo que viene siendo habitual, en este caso se trata del género femenino del que se impone sobre el masculino, teniendo constancia de nueve féminas y tres varones. Hay que tener en cuenta que estos resultados no son para nada representativos, pues la muestra es muy pequeña, y el número de individuos sin identificar muy elevado. Respecto a la edad, diez son subadultos, y quince adultos (véase anexo, tabla 5).

Bibliografía: (Rojo et al. 2005).

3.2.2.8. Valladolid: El Miradero

Localización: El túmulo se sitúa en el término municipal de Villanueva de los Caballeros, en la margen derecha del río Sequillo. Se trata de una zona de lomas, por donde discurren de forma intermitente cursos fluviales.

Tipología arquitectónica: En el momento de su excavación, el monumento se encontraba en muy mal estado de conservación. Se diferencian dos espacios arquitectónicos: uno central, de planta circular, donde apareció el grueso del osario, y otro, rodeando al anterior, y que constituía el soporte de una estructura tumular de unos 15 metros de diámetro. En la segunda estructura también aparecieron restos funerarios y de ajuar, aunque en volumen mucho menor. Todo ello apareció sellado por una gruesa capa de cal, que permitió la conservación del espacio funerario intacto. El depósito sepulcral carecía de ortostatos, y tan solo se tiene constancia de unas pequeñas piedras que podrían haber sido las encargadas de delimitar el túmulo.

Parece que la estructura de la tumba en sí misma no fue concebida como un horno, tal y como ocurre con las llamadas tumbas-calero. Lo más probable es que se realizara una ceremonia de clausura de dicho monumento, incinerándose de forma intencionada, y, depositándose poco después de esta ceremonia, la deposición de la capa de cal que cubre el monumento y lo sella definitivamente.

Cronología: Se puede fijar la cronología de este monumento a finales del V milenio cal AC y comienzos del IV milenio cal AC. Estas fechas han sido obtenidas de los carbones procedentes de la cubierta del monumento.

Los elementos de ajuar: Fueron muchos los elementos de ajuar que aparecieron en el transcurso de las excavaciones, con presencia destacada de hachas pulimentadas, hojas y microlitos geométricos elaborados a partir de sílex, collares de pizarra, punzones de hueso, elementos cerámicos y algunos ídolos-espátula de hueso. También se encontraron, en menor medida, punzones y espátulas de hueso, algunas de ellas decoradas.

Estudio antropológico: Se han recuperado los restos de diecinueve individuos, aunque se baraja la posibilidad de que el número original fuera mayor, y algunos desaparecieron bajo los efectos del fuego. Se han podido identificar a ocho hombres y a dos mujeres. En lo que respecta a las edades, once de los individuos habían alcanzado ya la edad adulta, seis eran jóvenes y dos niños (véase anexo, tabla 6).

Bibliografía: (Delibes et al. 2002).

3.2.2.9. Valladolid: Los Zumacales

Localización: El dolmen se ubica en el pago de Los Zumacales, en el término municipal de Simancas.

Tipología arquitectónica: Se trata de un sepulcro de corredor, aunque con el hecho particular de que su cámara, de planta circular no se delimita, como suele ser habitual, por ortostatos hincados enhiestamente, sino por bloques de tamaño medio colocados de forma apaisada, cuya altura respecto del suelo es de apenas medio metro. Es esta circunstancia lo que ha llevado a reconocer un tipo megalítico regional que recibe el nombre de redondil. Es una incógnita cómo fueron los alzados de esta construcción, si bien son dos las principales hipótesis mayoritariamente aceptadas a este respecto. La primera defiende que las paredes se construyeron a base de superponer bloques como los conservados hasta lograr altura y una especie de cúpula por aproximación de hiladas. La segunda sostiene que, sobre la base de las piedras conservadas, se levantaron paredes de tapial. Los ortostatos del pasillo de acceso sí que se disponen verticalmente. El túmulo se encuentra muy mal conservado, y se componía

de diferentes capas de materiales diversos. El diámetro del mismo debió estar cercano a los 30 m, y su volumen a los 1.500 m³.

Cronología: Las dataciones radiocarbónicas sitúan los restos entre finales del V milenio cal AC e inicios del IV.

Hay que señalar que, debajo del monumento funerario, en un nivel estratigráfico previo, ha aparecido un hogar y, cerca de él, numerosos restos de animales, carbones y útiles de diversos materiales. Puede que fuera un emplazamiento doméstico, sobre el que se construyó el megalito; puede que se tratara de un depósito fundacional o puede que fueran simplemente los preparativos previos al inicio de la construcción del dolmen.

Los elementos de ajuar: Los objetos encontrados en el dolmen fueron mayoritariamente elaborados a partir de piedra, hueso y cerámica. Han aparecido herramientas, adornos personales (como cuentas de collar) y algunos “idolillos”. Hay que destacar la presencia de elementos de prestigio, caso de dos “ídolos-espátula” del tipo llamado San Martín-El Miradero; habiendo sido uno de ellos tallado sobre un radio humano, lo cual, probablemente, le conferiría un carácter especial.

Estudio antropológico: Apareció un total de 1.800 huesos, correspondiendo a un número mínimo de 22 individuos. De ellos, 18 eran adultos, con edades comprendidas entre los 20 y los 40 años; 2 eran subadultos, en torno a los quince años; y otros 2 eran individuos infantiles, de entre cinco y diez años. Respecto a la diferenciación de sexos, dentro del grupo de adultos se sabe a ciencia cierta de la presencia de 5 hombres y 5 mujeres, mientras que otros 8 individuos han sido clasificados como indeterminados. Se ha estimado que la estatura media de la población debía situarse entre los 165 y los 155 cm. de altura, y que sus rasgos, probablemente, fueran gráciles. Además, los huesos son indicadores del buen estado de salud general de los individuos, a pesar de haberse detectados ciertas artropatías degenerativas, dos fuertes traumatismos recuperados, y algunas caries. Tan solo se conservan tres esqueletos en perfecta conexión anatómica (véase anexo, tabla 7).

Bibliografía: (Alonso Díaz et al. 2015).

A modo de conclusión de este apartado, y basándonos en los datos anteriores, en el ámbito arquitectónico encontramos una tipología de tumbas diversa, habiendo aparecido

sepulcros de corredor, dólmenes simples, tumbas-calero, etc. Todas ellas comparten esos rasgos que citamos en la introducción, como el carácter monumental y colectivo, o el uso diacrónico. Los ajuares son bastante similares a los de la fase previa, el Neolítico Antiguo, si bien es cierto que se aprecia un descenso en el porcentaje de cerámicas.

El mayor número de yacimientos, y de individuos inhumados en los mismos, nos permiten, a diferencia de lo ocurrido con anterioridad, realizar un estudio antropológico y establecer pautas o patrones, así como extraer datos relativos a la sociedad. Los enterramientos tenían un carácter selectivo, predominando la inhumación de varones, la mayor parte de ellos adultos.

Por último, en lo que a su distribución por el territorio se refiere, en este caso nos encontramos con un reparto más equilibrado, estando presentes por casi toda la zona, aunque concentrándose nuevamente en el ámbito noroeste, en la provincia de Burgos.

4. CONCLUSIONES

Existe una larga trayectoria de estudio en el campo de la “evolución social de las comunidades humanas”. Uno de los primeros planteamientos fue la llamada “Teoría Unilineal de la Evolución Cultural” la cual, trasladada a la Prehistoria, fue tratada por el arqueólogo Vere Gordon Childe en su obra “La Evolución Social”. Según estas teorías de carácter evolucionista, el Paleolítico y el Neolítico, etapas iniciales, contaron con sociedades de tintes igualitarios, siendo ésta la característica diferenciadora respecto de la etapas posteriores, en las que surge y se consolida un modelo de jerarquización social basado en factores como la especialización del trabajo, la aparición de estructuras socioeconómicas y políticas, la acumulación de poder económico y político en unas pocas manos o el crecimiento de la religión y la movilización de poder en torno a ella (Guerra et al. 2009: 42-43).

Esto pudo ser más o menos cierto para la etapa del Neolítico Antiguo. La información proporcionada por los escasos contextos funerarios aparecidos hace pensar en sociedades relativamente igualitarias, con tumbas individuales, en las que están representadas todas las franjas de edad y ambos sexos.

Ya avanzado el tiempo, en el Neolítico Medio y Final, los propios monumentos megalíticos fueron considerados como el símbolo que ejemplificaba esa igualdad entre los miembros de la sociedad, por su carácter de enterramientos colectivos. Sin embargo, y paradójicamente, la excavación y estudio de los megalitos ha arrojado a la luz evidencias claras que hablan ya de una cierta desigualdad social. En este trabajo se han recogido los datos concretos del ámbito de la Submeseta Norte, que es el territorio que hemos acotado como zona de estudio.

El primer y más importante indicador de diferenciación social son los propios restos humanos. Para empezar, el número de individuos inhumados en estas tumbas colectivas no se corresponde con el total de las personas que formaron parte de las sociedades que los utilizaron. Es más, la cantidad de individuos que yacen en estos monumentos representa un porcentaje muy pequeño de dichas sociedades. Las razones que nos llevan a afirmar esto son muy diversas.

En primer lugar hay que hablar de la fuerza de trabajo necesaria para construir unos monumentos de gran envergadura como son los megalitos. El número de personas que se requieren para su puesta en pie supera en la mayoría de los casos el número de personas en

ellos inhumadas. Por ello, se descarta la hipótesis de que los enterrados sean los propios constructores o la totalidad de la población, ya que se plantea la teoría de sociedades grandes, con bastante mano de obra disponible (García Redondo 2015: 224-225).

Además, se trata de enterramientos de uso diacrónico, que se mantuvieron abiertos y activos durante períodos de tiempo relativamente largos, lo que refuerza la idea de que no está enterrado el conjunto de la sociedad, pues si así fuera, el número de individuos presente en cada megalito debería de ser muy superior. Los indicadores de sexo y edad refutan también esta idea, pues la proporción de hombres suele ser muy superior a la de mujeres, y la de adultos supera ampliamente a la de niños, muy escasa, y a la de jóvenes. Por tanto, a día de hoy, se rechaza completamente la posibilidad de que el conjunto de la población estuviera aquí enterrado, y se habla de tumbas selectivas, de las cuales eran excluidas con bastante frecuencia las mujeres y los niños, lo que rompe con esa idea de sociedades igualitarias de la que hablábamos previamente.

Una teoría explicativa de la ausencia de niños es que uno de los criterios selectivos aplicados a la hora de realizar inhumaciones en los monumentos megalíticos pudo ser que tan solo descansaran en ellos aquellos miembros de la comunidad considerados como “personas”, categoría que no se alcanzaba hasta una determinada edad (García Redondo 2015: 230).

Ejemplos representativos de todo ello, ya citados en este trabajo, son, por ejemplo, La Velilla (Palencia), donde el número de adultos (56) supera ampliamente al de adolescentes (6) y niños (12). A pesar de todo, el número de niños es inusualmente alto. También se aprecian las diferencias entre sexos, pues del total de los adultos inhumados tan solo 8 eran mujeres, y el resto, 48, eran varones (Zapatero 2012). Las desigualdades entre edades también se hacen latentes en La Peña de la Abuela, donde tan solo un 4% de los restos pertenece a individuos infantiles. En la Tarayuela ni siquiera hay una representación de niños entre los inhumados, como ocurre en otros muchos sitios (Rojo et al. 2005). La tendencia general es, como ya hemos dicho, que predominen los adultos y los varones. Existen, por supuesto, excepciones, siendo quizás el caso más claro de ello Las Arnillas, en la Lora burgalesa, donde todas las franjas de edad aparecen representadas con porcentajes más o menos amplios, y el número de hombres y de mujeres está bastante equilibrado, con un porcentaje del 60% los primeros y 40% las segundas (Delibes 1993). Otro caso particular es el de La Sima II, que cuenta con los restos de nueve féminas y tres varones (Rojo et al. 2005). Sin embargo, hay

que tener presente que el número de individuos que se han podido estudiar no constituye una muestra representativa del total, y que este caso no desmiente la teoría general anteriormente planteada.

Otra muestra de esas diferencias entre los inhumados son los ajuares y los elementos que los componen. A pesar de que en la mayoría de casos lo que se encuentra es un amasijo de restos en que se mezclan huesos y ajuares, sin poder por tanto saber a ciencia cierta si se trata de ajuares colectivos o individuales, existen excepciones que nos permiten hablar de distinciones sociales.

Lo más probable es que, en los albores del megalitismo, los ajuares tuvieran un carácter colectivo y constituyeran ofrendas a los ancestros. No se tiene constancia de diferenciaciones individuales en este tipo de tumbas y, aunque así fuera, prima la idea del conjunto. Sin embargo, desde el IV milenio cal AC. comienzan a observarse ciertos cambios en la composición de los ajuares funerarios, que son ya indicadores de posibles desigualdades sociales. Las piezas son más elaboradas, y aquellos objetos a los que se les atribuye un carácter personal, como joyas y adornos, cobran un mayor protagonismo. Todo ello indica que los depositarios de dichos bienes contaban con un carácter privilegiado dentro de la comunidad, pues, mediante el ajuar, se les hace una distinción del resto de individuos inhumados en el megalito. Aparecen también piezas foráneas, fruto de intercambios, que reflejan prestigio; y se emplean materiales exóticos o de mayor calidad para elaborar los objetos, como ámbar, variscita, conchas marinas, azabache... Aparte de estos objetos de carácter exótico otros, elaborados a partir de materia prima local, también son denotadores de prestigio, pues requieren un alto grado de especialización y bastante tiempo para su elaboración. Por tanto, estos cambios sustanciales en los ajuares, que pasan de estar principalmente compuestos de herramientas líticas a contar con una gran variedad de objetos, entre los que se incluyen multitud de elementos de adorno, de distinta procedencia, elaborados en ocasiones con materiales exóticos, y que conllevan ya un cierto grado de especialización, nos hablan de diferencias sociales entre los inhumados; pues aunque en la mayor parte de los casos no se puedan relacionar los ajuares con los individuos concretos, la presencia de estos objetos indican prestigio y riqueza, y desigualdades entre los miembros de la comunidad (Guerra et al. 2009: 47-54).

Un ejemplo de ello en ciertas piezas de ajuar de El Miradero, piezas que denotan riqueza y lujo, y que pudieron atribuirse a un individuo concreto, un hombre adulto. Dicho ajuar distinguía al varón de sus compañeros por el número de elementos que formaban parte del mismo, así como por la calidad de las piezas, algunas de origen foráneo, y otras con un marcado carácter simbólico y ritual, como las espátulas (Bellido 2015: 67). También, y como ya hemos citado a lo largo del trabajo, han aparecido en varios yacimientos espátulas del tipo San Martín-El Miradero (véase anexo, lámina 16), que, independientemente de si formaban parte de ajuares individuales o colectivos, son piezas suntuosas que indican prestigio y resaltan la importancia de las personas allí enterradas. También el hecho de que hayan aparecido objetos de adorno, considerados más bien como elementos personales, y no colectivos, nos hablan de una diferenciación de ajuares y de posición social (García Redondo 2015: 230-231) (véase anexo, lámina 17).

Por tanto, como acabamos de mostrar, a partir del V milenio cal AC se producen cambios trascendentales en la organización de las comunidades neolíticas, que se traducen en la aparición de desigualdades sociales, las cuales dejan su huella en los contextos funerarios. Dichas transformaciones tuvieron lugar en varios campos. El primero de ellos, muy importante en los primeros momentos, fue el ideológico. Se dotó a ciertos objetos de un valor simbólico. Se trataba de piezas que requerían un trabajo especializado, o cuya materia prima era exótica, proveniente de lugares lejanos a través de redes de intercambio que se fueron consolidando. Estos elementos fueron monopolizados por un segmento de la población, y se convirtieron en un marcador distintivo del mismo, que indicaba prestigio (Guerra et al. 2009: 58-59). Aparte del terreno ideológico, la economía y la política y las cuestiones administrativas tuvieron mucho que ver en este proceso. El crecimiento de las sociedades, la necesidad de organización, el crecimiento de los excedentes, de la riqueza y la posibilidad de llevar a cabo intercambios conllevó la aparición de una élite y, por tanto, la jerarquización de la sociedad.

Resumiendo, y a modo de conclusión, podemos afirmar a partir de los datos recogidos en este trabajo que la diferenciación social, al menos en el Neolítico Medio y Final, era ya una realidad que se hace patente gracias al estudio de los datos aportados por los restos tanto humanos como materiales obtenidos tras las excavaciones de los monumentos megalíticos de la Submeseta Norte; a la par que se ha puesto de manifiesto cómo la Arqueología de la

Muerte es, en las etapas prehistóricas, una herramienta clave para conocer e interpretar el mundo de los vivos a través del mundo de los muertos.

BIBLIOGRAFÍA

- ABAD MIR, S. 2006. Arqueología de la muerte. Algunos aspectos teóricos y metodológicos. *Historiae* 3: 1-27.
- ALAMEDA CUENCA-ROMERO, M.C., E. CARMONA BALLESTERO, S. PASCUAL BLANCO, G. MARTÍNEZ DÍEZ & C. DÍEZ PASTOR. 2011. El “Campo de Hoyos” calcolítico de Fuente Celada (Burgos): datos preliminares y perspectivas. *Complutum* 22 (1): 47-69.
- ALONSO DÍAZ, M., G.DELIBES DE CASTRO&J.SANTIAGO PARDO. 2015. El sepulcro megalítico de Los Zumacales, en Simancas (Valladolid), en E. Wattenberg García(ed.) *Conocer Valladolid. VIII Curso de patrimonio cultural 2014-2015*: 13-36. Valladolid: Real Academia de Bellas Artes de la Purísima Concepción.
- ALONSO FERNÁNDEZ, C. 2015. La tumba colectiva de El Hundido (Monasterio de Rodilla, Burgos) y su ritual funerario durante el Neolítico Final y el Calcolítico. *Trabajos de Prehistoria* 72 (1): 84-104.
- ALONSO FERNÁNDEZ, C. & J. JIMÉNEZ ECHEVARRÍA. 2015. El Neolítico en el corredor Alto Ebro-Alto Duero: dos hallazgos funerarios del Neolítico Antiguo y Reciente en Monasterio de Rodilla (Burgos), en V.S. Gonçalves, M. Diniz & A.C. Sousa (ed.) *5.º Congreso do Neolítico Peninsular: Actas* (Estudos e Memórias, 8). 540-546. Lisboa: UNIARQ.
- BELLIDO BLANCO, A. 2015. Rituales y símbolos en el sepulcro colectivo de El Miradero (Villanueva de los Caballeros, Valladolid). *Espacio, tiempo y forma* 8: 59-85.
- BENTLEY ALEXANDER, R., P. BICKLE, L. FIBIGER, G.M. NOVELL, C.W. DALE, R.E.M. HEDGES, J. HAMILTON, J. WAHL, M. FRANCKEN, G. GRUPE, E. LEENNEIS, M. TESCHLER-NICOLA, R.M. ARBOGAST, D. HOFMANN & A. WHITTLE. 2012. Community differentiation and kinship among Europe’s first farmers. *PNAS* 24 (1109): 9326-9330.
- CHAPA BRUNET, T. 2006. Arqueología de la muerte: Aspectos metodológicos. *Anales de Arqueología Cordobesa* 17: 25-46.

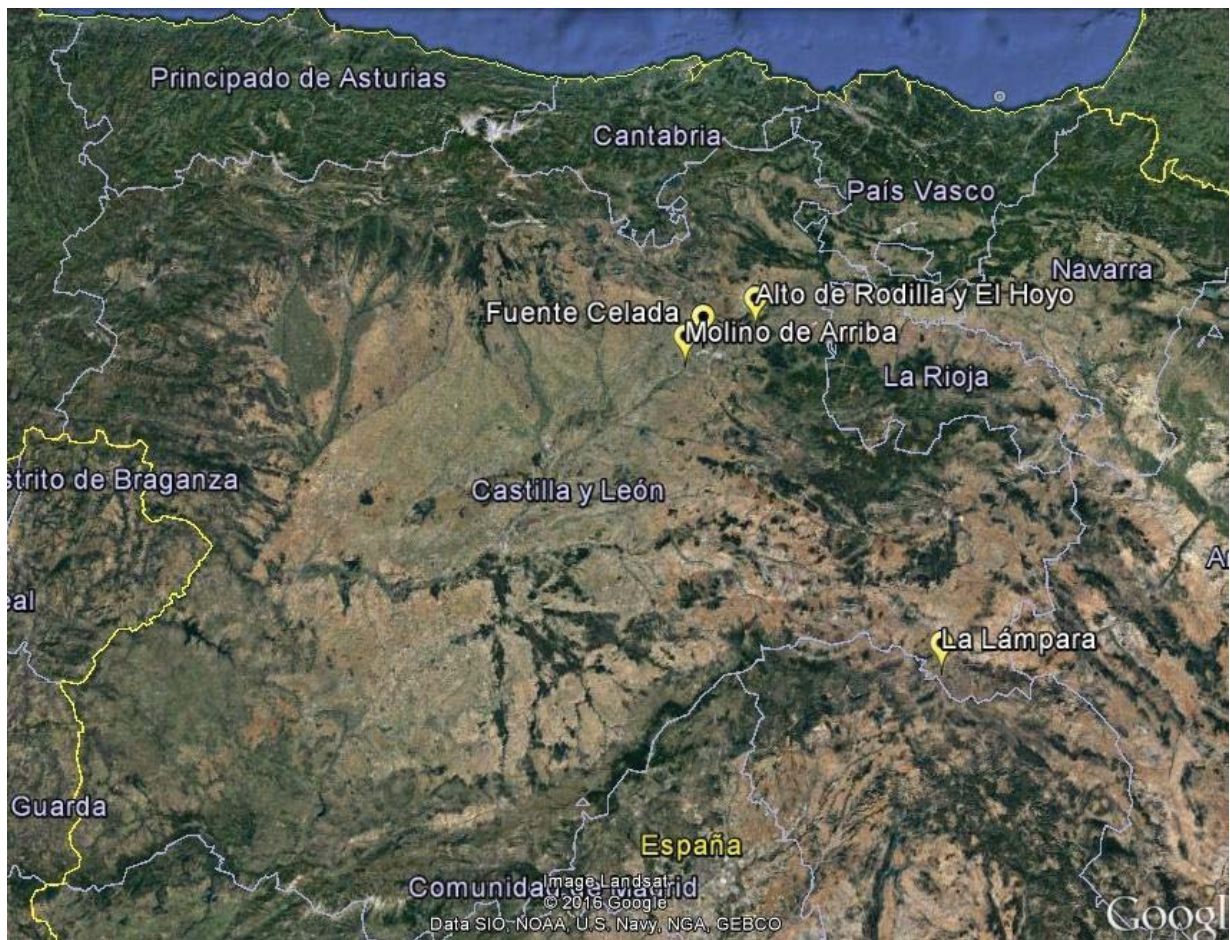
- CHAPMAN, R., I. KINNES & K. RANDSBORG. 1981. *The Archaeology of death*. Cambridge: Cambridge University Press.
- DELIBES DE CASTRO, G. 2010. La investigación de las sepulturas colectivas del IV milenio A.C. en la Submeseta Norte española. Horizonte 2007, en J. Fernández Eraso & J. A. Mujika Alustiza (ed.) *Actas del Congreso Internacional sobre Megalitismo y otras manifestaciones funerarias contemporáneas en su contexto social, económico y cultural* (Munibe, suplemento 32): 12-57. San Sebastián: Sociedad de Ciencias Aranzadi.
- DELIBES DE CASTRO, G. & F.J. DE PAZ FERNÁNDEZ. 2000. Ídolo espátula sobre radio humano en el ajuar de un sepulcro megalítico de la meseta. *Spal: Revista de prehistoria y arqueología de la Universidad de Sevilla* 9: 341-350.
- DELIBES DE CASTRO, G. & F. ETXEBARRÍA GABILONDO. 2002. Fuego y cal en el sepulcro colectivo de “El Miradero” (Valladolid): ¿accidente, ritual o burocracia de la muerte?, en M. Rojo Guerra & M. Kunst (ed.) *Sobre el significado del Fuego en los Rituales Funerarios del Neolítico*. (Studia Archaeologica, 91). Valladolid: Universidad de Valladolid.
- DELIBES, G., M.A. MORENO, R. VILLALOBOS & J. BASCONCILLOS. 2012. *Piedra Alta. El guardián del tiempo*. Burgos: Junta de Castilla y León, Diputación Provincial de Burgos.
- DELIBES DE CASTRO, G., M. ROJO GUERRA & I. REPRESA BERMEJO. 1993. *Dólmenes de La Lora. Burgos*. Valladolid: Junta de Castilla y León.
- FABIÁN GARCÍA, J.F. 1997. *El dolmen del Prado de las Cruces (Bernuy-Salineru, Ávila)*(Arqueología en Castilla y León, Memorias 5). Valladolid: Junta de Castilla y León,
- FÁBREGAS VALCARCE, R., F. PÉREZ LOSADA & C. FERNÁNDEZ IBAÑEZ (ed.) 1995. *Arqueoloxía da Morte na Península Ibérica desde as Orixes ata o Medievo*. Xinzo de Limia: Excmo. Concello de Xinzo de Limia.
- GARCÍA REDONDO, N. 2015. Desigualdades sociales en los monumentos megalíticos de la Cuenca del Duero, en *Monográfico: Arqueología del Conflicto* (Arkeogazte Aldizkaria 5): 221-238. Arkeogazte Editatua.

- GARRIDO PENA, R., M. ROJO GUERRA, C. TEJEDOR RODRÍGUEZ & I. GARCÍA MARTÍNEZ DE LAGRÁN. 2012. Las máscaras de la muerte: ritos funerarios en el Neolítico de la Península Ibérica, en M. Rojo Guerra, R. Garrido Pena & I. García de Lagrán (coord.) *El Neolítico en la Península Ibérica y su contexto de estudio*. 143-175. Madrid: Cátedra.
- GUERRA DOCE, E., G. DELIBES DE CASTRO, P. ZAPATERO MAGDALENO & R. VILLALOBOS GARCÍA. 2009. “Primus inter pares”: estrategias de diferenciación social en los sepulcros megalíticos de la Submeseta norte española. *BSSA Arqueología* 75: 41-65.
- GUERRA DOCE, E. & J. FERNÁNDEZ MANZANO (coord.) 2014. *La muerte en la Prehistoria Ibérica. Casos de estudio*. Valladolid: Universidad de Valladolid.
- PALOMINO LÁZARO, Á.L, M. ROJO GUERRA, R. GARRIDO PENA, I. GARCÍA MARTÍNEZ DE LAGRÁN, A. ALDAY RUIZ, J. GARCÍA GAZÓLAZ & J. SESMA. 2011. El Molino de Arriba (Buniel, Burgos), en J. Bernabeu, M. Rojo y L. Molina (ed.) *Las primeras producciones cerámicas. El VI milenio cal. A.C. en la Península Ibérica*. (Saguntum: Papeles del Laboratorio de Arqueología de Valencia, Extra 12) 113-115. Valencia: Universidad de Valencia.
- PARKER PEARSON, M. 1999. *The archaeology of death and burial*. Gloucestershire: Sutton Publishing.
- ROJO GUERRA, M., R. GARRIDO PENA, C. TEJEDOR RODRÍGUEZ & I. GARCÍA MARTÍNEZ DE LAGRÁN. 2015. El tiempo y los ritos de los antepasados: La Mina y el Alto del Reinoso. Novedades sobre el Megalitismo en la Cuenca del Duero. *ARPI: Arqueología y Prehistoria del Interior Peninsular* 3: 133-147.
- ROJO GUERRA, M. & M. KUNST. 1999. La Lámpara y La Peña de la Abuela. Propuesta secuencial del neolítico interior en el ámbito funerario, en J. Bernabeu & T. Orozco (ed.) *II Congrés del Neolític a la Península Ibèrica. Universitat de València. 7-9 d'abril 1999* (Saguntum: Papeles del Laboratorio de Arqueología de Valencia, Extra 2): 503-512. Valencia: Universidad de Valencia.
- ROJO GUERRA, M., M. KUNST, R. GARRIDO PENA, I. GARCÍA MARTÍNEZ DE LAGRÁN & G. MORÁN DAUCHEZ. 2005. *Un desafío a la eternidad: Tumbas*

monumentales del valle de Ambrona (Arqueología en Castilla y León, Memorias 14).
Valladolid: Junta de Castilla y León.

ZAPATERO MAGDALENO, P. 2012. El sepulcro de La Velilla, en Osorno (Palencia), dentro del marco del fenómeno megalítico de la Meseta Norte. *Patrimonio: Fundación del Patrimonio Histórico de Castilla y León* 46: 51-58.

ANEXO



MAPA 1: Distribución de los enterramientos del Neolítico Antiguo en la Submeseta Norte.

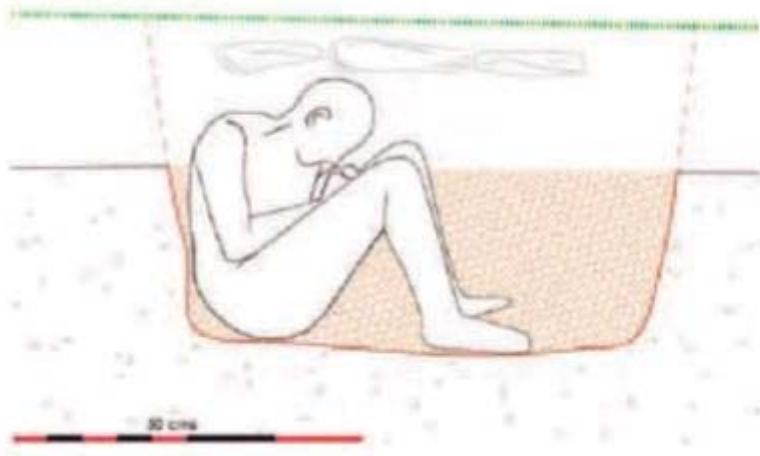


LÁMINA 1: Reconstrucción de la sección del contenedor e inhumación de la estructura E-02 de Alto de Rodilla (Monasterio de Rodilla, Burgos) (Según Alonso Fernández & Jiménez Echevarría 2015: 541).

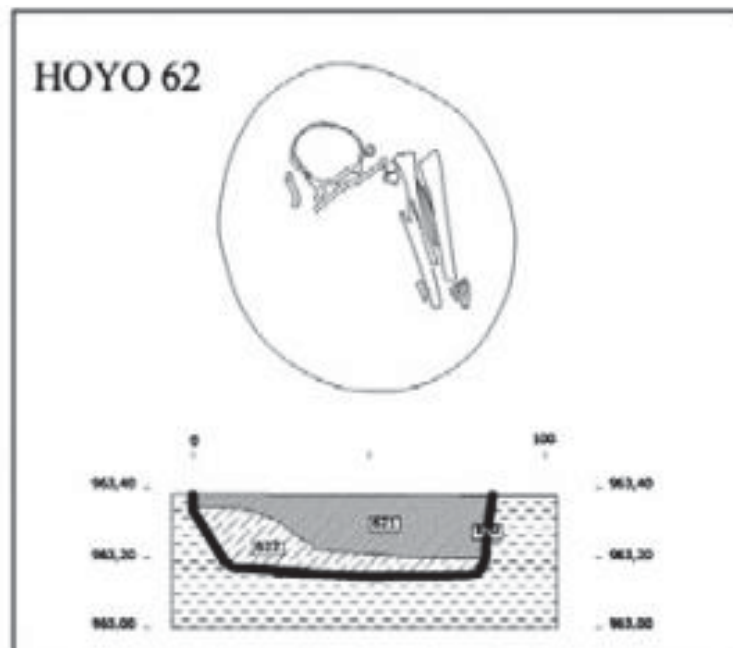


LÁMINA 2: Representación de la inhumación neolítica en el hoyo 62 en Fuente Celada (Quintanadueñas, Burgos) (Según Alameda et al. 2011: 61)

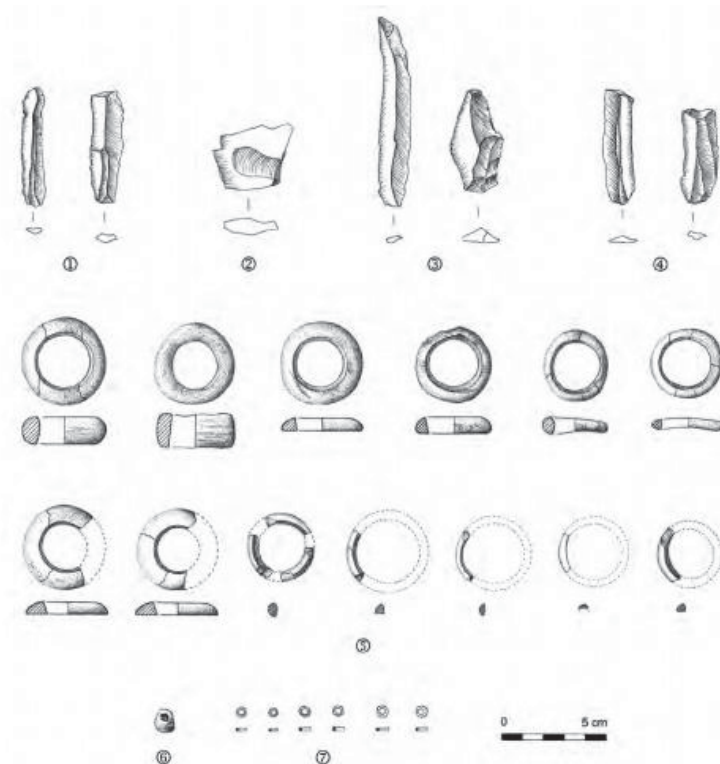


LÁMINA 3: Ajuares del depósito funerario El Hoyo (Monasterio de Rodilla, Burgos) (Según Alonso Fernández & Jiménez Echevarría 2015: 544).



LÁMINA 4: Inhumación individual de Molino de Arriba (Buniel, Burgos) (Según Palomino et al. 2011: 114).

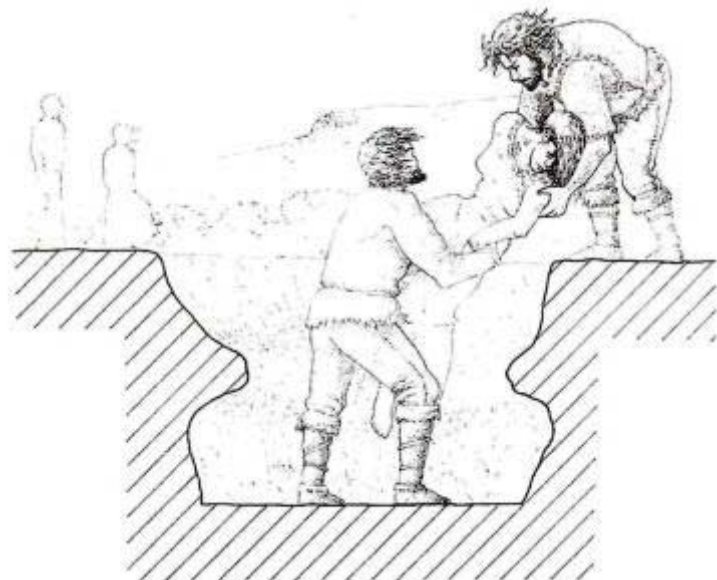


LÁMINA 5: Recreación del enterramiento en fosa de una mujer en La Lámpara (Según Rojo et al. 1999: 505).

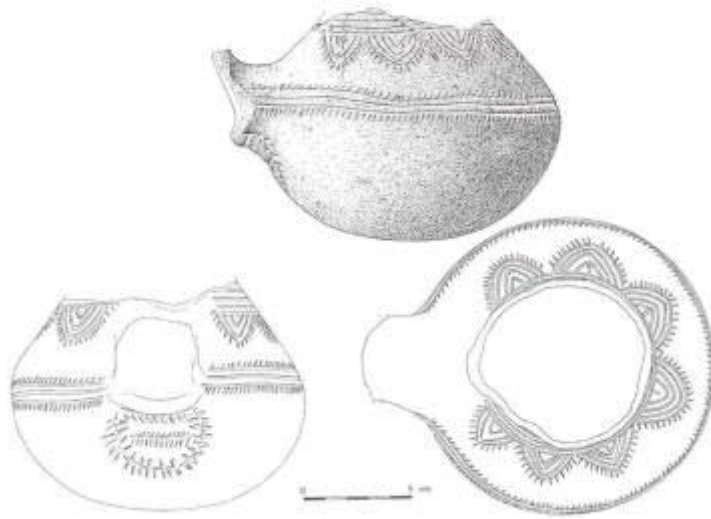


LÁMINA 6: Recipiente de cerámica depositado a los pies de la mujer inhumada en La Lámpara (Ambrona, Soria) (Según Rojo & Kunst 1999: 505).

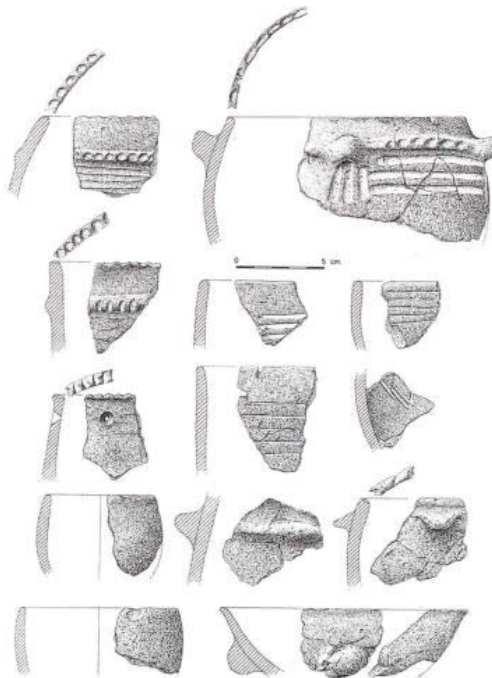


LÁMINA 7: Fragmentos cerámicos del relleno de la fosa de La Lámpara (Según Rojo & Kunst 1999: 507).

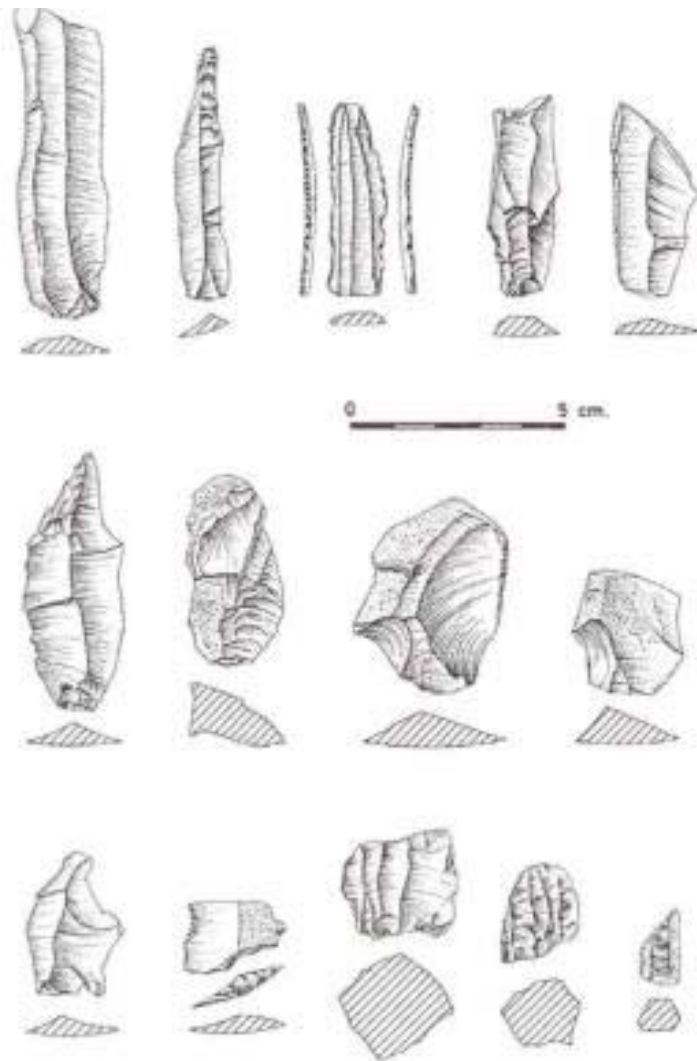
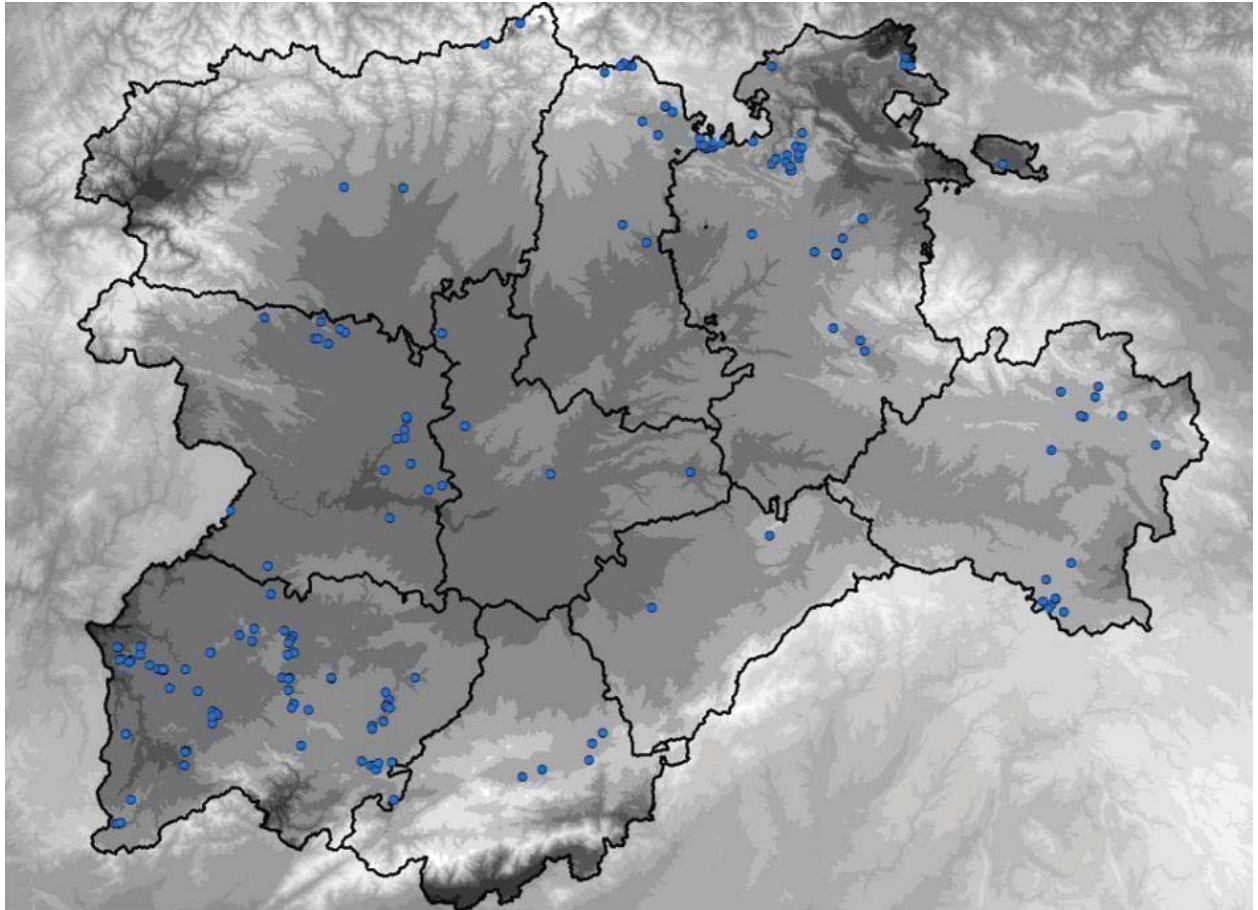


LÁMINA 8: Industria lítica tallada del relleno del de la fosa de La Lámpara (Según Rojo & Kunst 1999: 508).



MAPA 2. Distribución de los enterramientos colectivos del Neolítico Medio y Final en la Submeseta Norte (proporcionado por E. Guerra Doce).

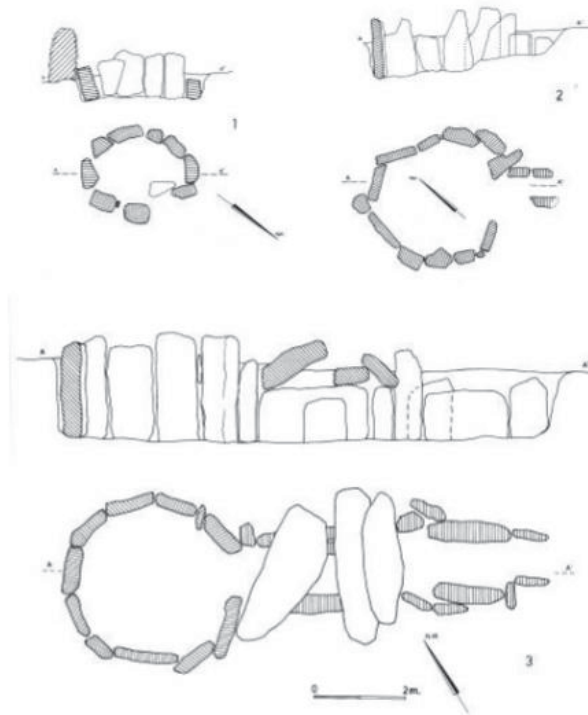


LÁMINA 9. Perfiles y plantas de distintos tipos de megalitos: 1-Dolmen simple, 2- Dolmen de corredor incipiente, 3- Sepulcro de corredor largo. (Según Delibes 2010: 21).



LÁMINA 10: Fuente Pecina II. Dolmen simple. (Sedano, Burgos) (Según Delibes 1995: 89).



LÁMINA 11: Redondil de La Velilla (Osorno, Palencia) (Según Zapatero 2012: 52)



LÁMINA 13: Réplica de la tumba-calero La Peña de la Abuela (Ambrona, Soria) (Según Rojo et al. 2005: 21).

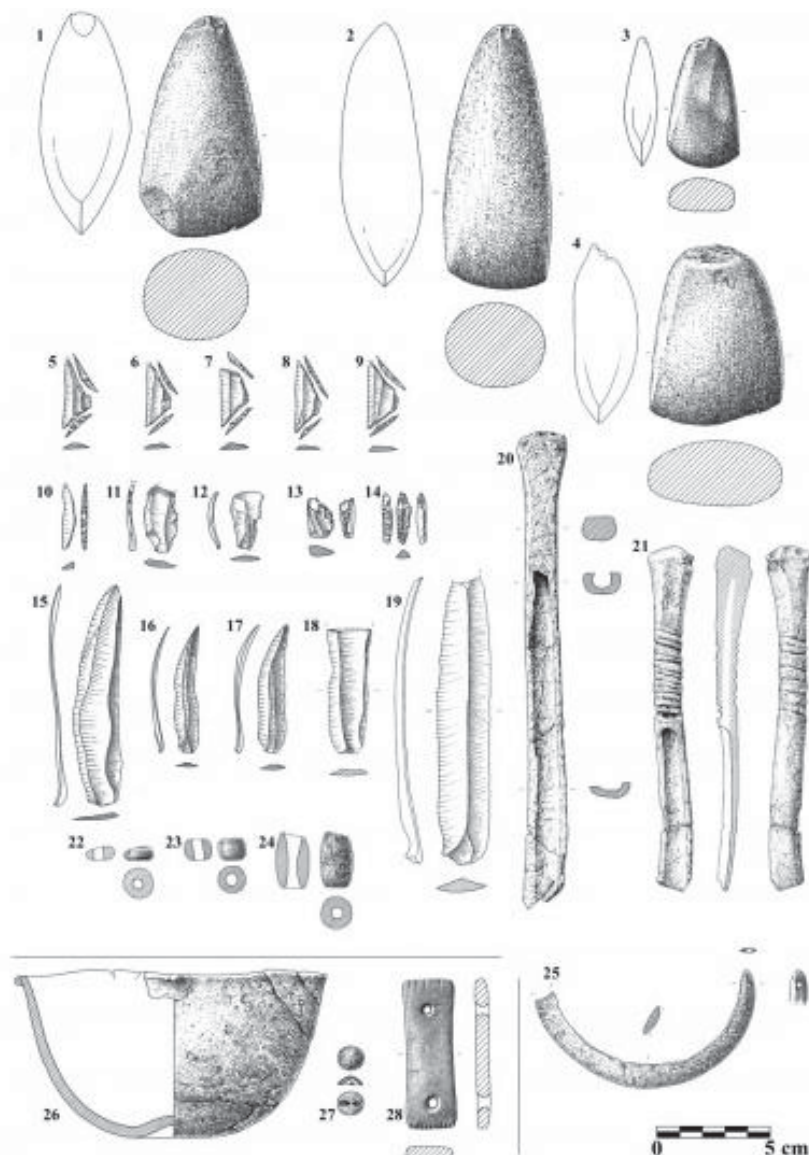


LÁMINA 14: Ajuar del túmulo del Alto de Reinoso (Monasterio de Rodilla, Burgos) (Según Rojo et al. 2015: 143).

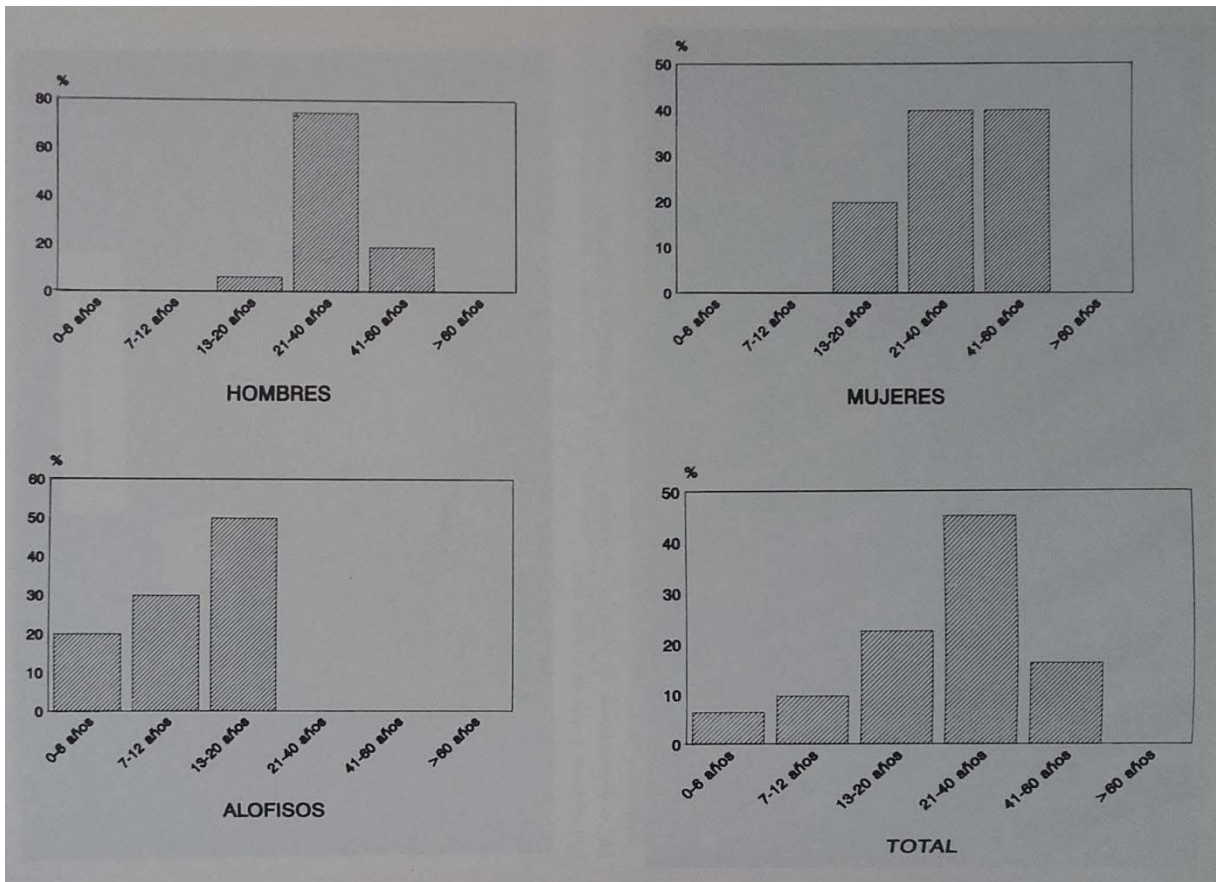


GRÁFICO 1: Gráficos de la distribución de la población por edades y sexo en el osario de las Arnillas (Moradillo de Sedano, Burgos) (Según Delibes 1995: 92).

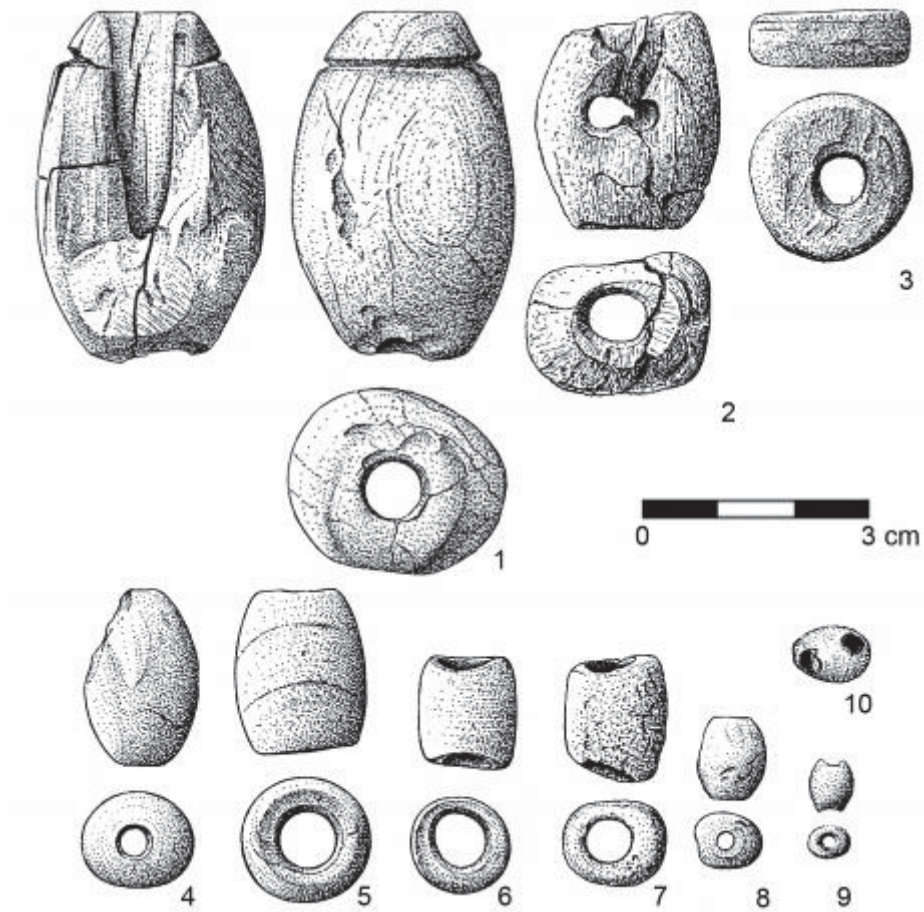
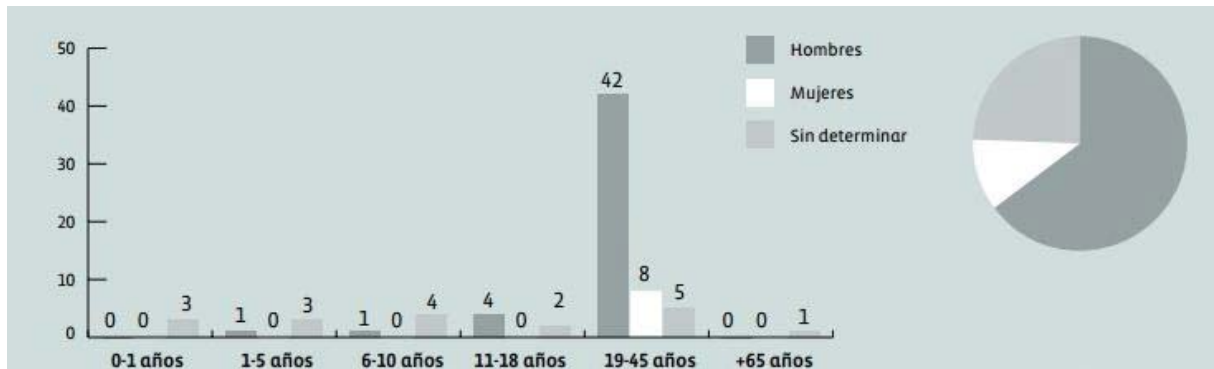


LÁMINA 15. Cuentas de collar procedentes del ajuar del dolmen de la Velilla, elaboradas a partir de diferentes materiales. (Según Guerra et al. 2009: 51).



	Neonatos 0-1 año	Infantil-I 1-5 años	Infantil-II 6-10 años	Adolescentes 11-18 años	Adultos Jóvenes 19-45 años	Seniles +65 años	Total %
Hombres		¿1?	¿1?	4	42		48 64,8%
Mujeres					8		8 10,8%
Sin determinar	3	3	4	2	5	1	18 24,3%
Total	3 4%	4 5,4%	5 6,7%	6 8,1%	55 74,3%	1 1,3%	74

GRÁFICO Y TABLA 2: Distribución de la población por edad y sexo en el osario de La Velilla (Según Zapatero 2012: 58)

	Casos	Porcentaje (%)
Infantiles I	2	0.4
Infantiles II y mayores	4	0.8
Infantiles	18	3.4
Infantiles preadolescentes	4	0.8
Infantiles?	4	0.8
Juveniles y mayores	7	1.3
Adolescentes	16	1.3
Adolescentes y mayores	1	0.2
Adultos maduros	2	0.4
Hasta adultos	1	0.2
Hasta adultos maduros	1	0.2
Adultos	303	57.1
Desconocido	168	31.6
Suma	531	100.0

Neonato	0 - menor de un año
Infantil	1 - 6 años
Infantil II	7 - 14 años
Juvenil	15 - 20 años
Adulto	21 - 40 años
Maduro	41 - 60 años
Senil	a partir de 61 años

TABLA 3: Datos de las edades extraídos del estudio antropológico del osario de La Peña de la Abuela (Ambrona, Burgos) (Según Rojo et al. 2005: 253 y 259, modificado).

	Casos
Hombres	11
Mujeres	1
Alofisos	2
Indeterminados	3

TABLA 4: Datos de referidos al sexo de los 17 individuos subadultos encontrados en La Tarayuela

	Casos
Adultos	15
Jóvenes	10

	Casos
Hombres	3
Mujeres	9

TABLA 5: Datos acerca del sexo y edad de los inhumados en el Túmulo de la Sima.

	Casos
Adultos	11
Jóvenes	6
Infantiles	2

	Casos
Hombres	8
Mujeres	2

TABLA 6: Datos acerca la edad y el sexo de los inhumados en El Miradero.

	Casos
Adultos	18
Jóvenes	2
Infantiles	2

	Casos
Hombres	5
Mujeres	5
Indeterminados	8

TABLA 7: Datos acerca de la edad y el sexo de los inhumados en Los Zumacales.

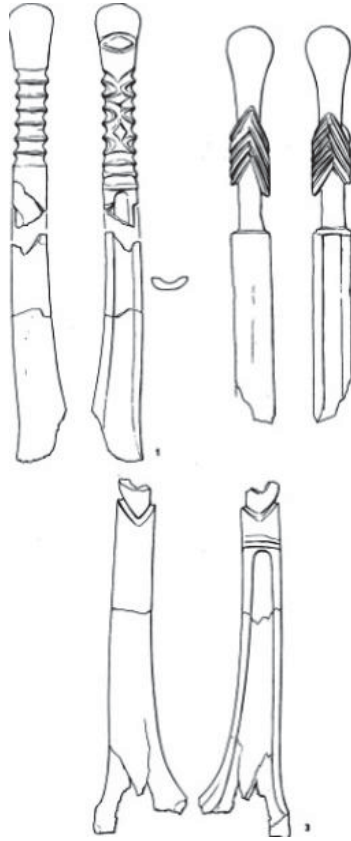


LÁMINA 16. Espátulas de tipo San Martín-El Miradero de 1-El Miradero, 2- La Velilla, 3- Los Zumacales. (Según Delibes 2010: 34, modificada).

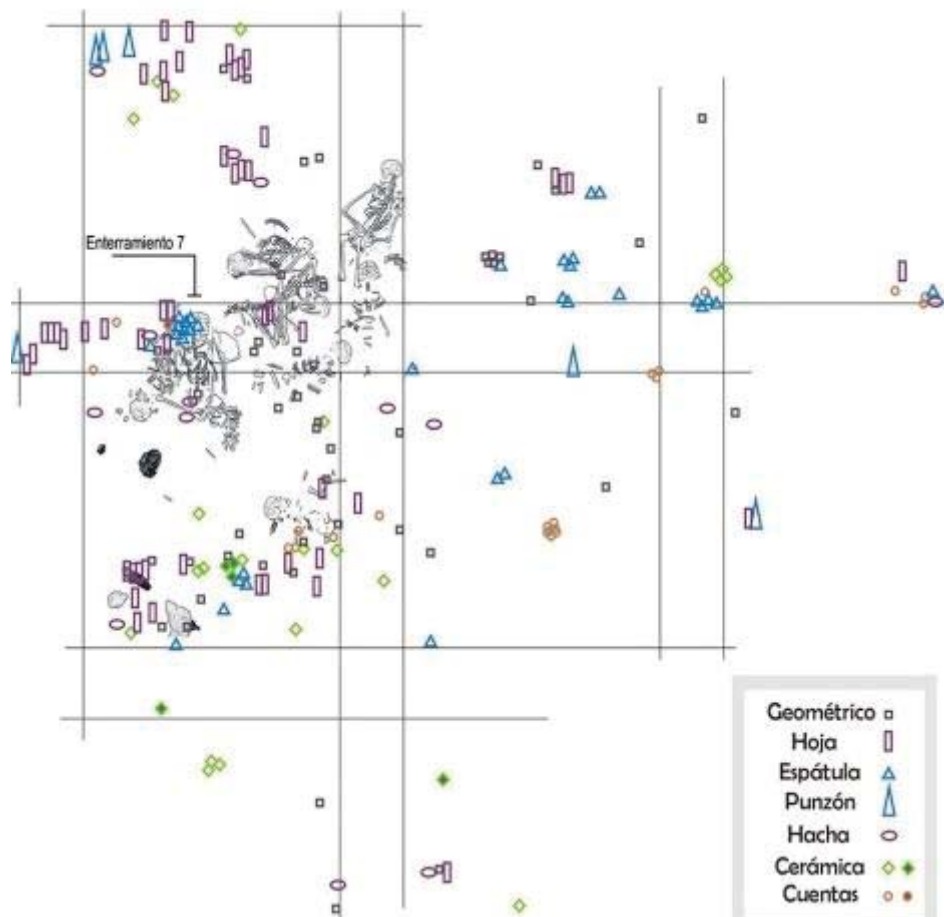


LÁMINA 17: Plano de la excavación del sepulcro de El Miradero en el que se aprecia la concentración de ajuares en torno a un individuo concreto (incluye leyenda con los hallazgos encontrados). (Según Bellido 2015: 66).

